LUIS MARTÍNEZ ROMAN

EL PAMPERO

JUGUETE COMICO

en tres actos y un prólogo, en prosa. original



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

Para Juanito J. Renovales, con un abrazo de verdadera y antigua amistad.

Luis

17. Feb. 920.

EL PAMPERO

EL PAMPERO

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y un prólogo, en prosa

ORIGINAL DE

LUIS MARTÍNEZ ROMAN

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL de Madrid, el 17 de enero de 1920

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, M 551

1920

A Fernando Aguirre, con un abrazo de agradecimiento,

El Autor.

REPARTO

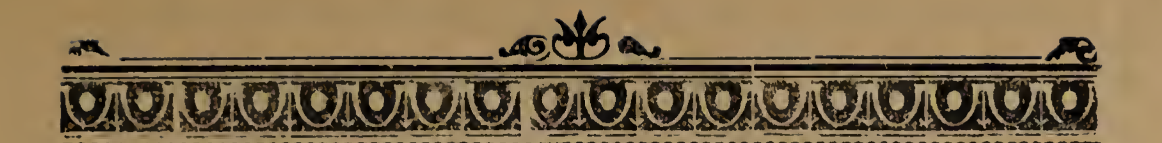
PERSONAJES		ACTORES
LA COMPAÑERA O...... / CONCHITA DELMAR....	Sra.	Muñoz Sampedro (G.)
JOVITA..................		Infiesta.
TRINI....................	Srta.	Muñoz Sampedro (M.)
FLORA LA CANELA......	Sra.	Comendador.
LA URBANA.............		Orejón.
COSUELO.............. / LA ANGOSTITA.........	Srta.	Olmedo.
CASTA DIVA.............		Galvez.
DEOGRACIAS QUINTANILLA..................	Sr.	Vigo.
LESACA................ ...		Aguirre.
MANOLO..................		Monteagudo.
EL MOLINERO...........		Viñas.
DIOCLECIANO.......... / MATÍAS POLITE........		Molina.
EL MAESTRO MAROTO...		Dulac.
DARIO....................		Fernández.
EL EMPRESARIO....... / SOTERO EL MANCO....		Cejuela.
RAFAEL..................		Pérez Avila.
EZEQUIEL............. / UN MOZO		Domínguez.
UN CHICO...............	Srta.	Molina.

Un taquígrafo, Serafín (niño), un guardia urbano, compañeras, compañeros y tramoyistas

---

La acción en Madrid, en otoño y época actual

Indicaciones, del lado del actor



PROLOGO

Decoración como suele ponerse en los teatros para la celebración de mítines o conferencias. En el centro, cerca de la batería, una mesa larga con tapete hasta hasta el suelo. Sobre esta mesa, un libro de contabilidad, escribanía, campanilla y varios papeles. A la derecha, otra mesa pequeña con tapete rojo y sobre ella una botella de agua y un vaso. A la izquierda, otra mesita para el taquígrafo, y al foro un banco largo de madera. En la mesa presidencial y frente al público, están sentados: MATÍAS, presidiendo, a su derecha, UN COMPAÑERO y a su izquierda, RAFAEL. En la mesita de la izquierda, EL TAQUÍGRAFO. Detrás de la mesa de la derecha, LA COMPAÑERA O en pie, pronunciando un discurso. En el banco del fondo, QUINTANILLA, MAROTO y varios COMPAÑEROS y COMPAÑERAS, vistiendo trajes hetereogéneos y en número suficiente para dar ambiente al cuadro. Quintanilla, con una indumentaria tan desastrada, que parece un náufrago y con una cara famélica que da pena. Este personaje tiene al hablar un acento argentino discreto. Durante la representación del prólogo de esta obra, permanecerán encendidas las luces de la sala como en un entreacto.

—

(Al levantarse el telón se supone que el público de butacas asiste a la celebración de un mitin que ya ha comenzado. La Compañera O, desgreñada, suciota y exaltadísima, está en el uso de la palabra.)

COM. O (Con exaltación y dirigiéndose al público de butacas.) ... así no conseguiremos ná. ¡Pero que asolutamente ná! Y nos seguirán tratando como borregos, si no demostramos que semos viriles y que estamos capacitaos pa defendernos como hombres coscientes. Y digo como hombres, aunque yo tenga el honor de per-

tenecer al bello seso, porque me refiero a la masa común de la coletividad, que es masculina y cosciente, ¡eso es! y hablo, por tanto, en sentido encicoplédico e incongruente. Y hecho este enciso, voy a proseguir. Si seguimos tan mansos, lo mismo que nos han echao a las seis obreras de los talleres de medias del camino de Vicálvaro, ¡que nos han fastidiao en redondo!, echarán a toas las demás, y se extenderá el lucú a tós los talleres; y mañana os echarán a vosotros, (Señalando a las butacas pares.) y a vosotros (A las impares.) y a tós, y mientras que sigamos dentro del terreno de la borreguez, u sea dentro del redil, estaremos siempre a mercez del patrono como nos pasa ahora a las obreras del camino de Vicálvaro. ¡Y yo creo que ese no es el camino! Por eso digo que tenemos que dir a la güelga antes que venga el lucú. Pero a la güelga sin miramientos ni contemplaciones. O en ese taller de don César nos azmiten inmediatamente a las seis despedidas, abonándonos el jornal íntegro y los desperfetos que hemos causao, o ¡a la güelga de medias caídas! Y no canso más, porque estoy cansá. ¡Yo sólo digo que ¡a la güelga! Lo dicho. He dicho. (Rumores en el escenario.)

MATÍAS (Campanilla. Siempre dirigiéndose al público de butacas.) ¡Silencio! ¡Orden! Ya que el compañero Soto ha renunciado al uso de la palabra que tenía pedida, os diré que estimo muy pertinente cuanto acaba de decir la compañera O. Pero antes de tomar un acuerdo definitivo, y antes de declarar la huelga en el taller de César Monedero, hay que ver si se cuenta con los elementos materiales para sostenerla. Y con ese fin, se van a examinar los balances del fondo de resistencia, para lo cual, se suspende la discusión durante unos minutos. (Toca la campanilla. Todos se levantan formando grupos que comentan el mitin y examinan el libro de contabilidad. Quintanilla y Maroto se acercan al proscenio.)

QUINT. Pero oye, Maroto, si mi retina no me engaña, el que está hasiendo de presidente es el exelente Matías Polite, el boticario, ¿no?

MAR. El mismo. Pero, ¿tú le conoces?

QUINT. ¡Qué esperansa! De vista, no más. De cuando yo vivía en la calle del Bastero con Flora, la Canela, antes de marcharme a la Pampa. ¿Y cómo está ahora de presidente?

MAR. ¡Pero hombre! ¡Si se ha hecho ahora una personalidad en el partido obrero! ¡Si es el apoyo de las clases menesterosas y proletarias!

QUINT. ¿Qué dise?

MAR. Un hombre que no tiene nada suyo. Que lo da todo por la idea y por cualquier persona que trabaje por la causa del proletariado. ¡Anda, anda! A un hombre de acción le da... hasta la camisa que le pida.

QUINT. Maroto, ¿qué me dise? Mira que estoy fraguando una idea... que si me sale bien, me pone en casa.

(EL EMPRESARIO, saliendo, a Matías.)

EMP. Señor presidente, que es muy tarde y tengo que empezar en seguida la sección vermut.

MATÍAS En seguida acabamos.

EMP. Se lo ruego muy encarecidamente. (Mutis.)

MATÍAS (Campanilla. Todos se vuelven a sus sitios.) Compañeros. Se ha hecho el balance y la caja no tiene fondos suficientes para atender a los gastos de la huelga. Por lo tanto, es preferible, antes que ir a un fracaso, aplazar toda determinación para discutirla la semana próxima. Sin embargo, si hay alguien que quiera hacer alguna manifestación, se le concederá la palabra, si ha de ser breve.

QUINT. (Desde su sitio.) Pido la palabra. (Revuelo)

MAR. (Tirándole fuerte de la chaqueta.) Pero, ¿qué haces?

QUINT. Tú déjame, no más.

MATÍAS No conozco a ese ciudadano que ha pedido la palabra, y no sé...

VOCES (En el escenario) ¡Que hable! ¡Que hable!

MATÍAS Tiene usted la palabra, pero acérquese aquí, a la mesa.

QUINT. Al momento. (Se coloca en la mesa roja.)

EMP. (Saliendo, a Matías.) ¡Por los clavos de Cristo, don Matías, que esto se va prolongando demasiado, y hay que empezar el vermut.

MATÍAS Esté tranquilo. (Se va el Empresario. A Quintanilla.) ¿Cómo es su gracia?

QUINT. Deogracias. Y gracias, señor presidente.

MATÍAS Deogracias, ¿qué?

QUINT. ¡Ah! Deogracias Quintanilla.

MATÍAS Tiene usted la palabra.

QUINT. (Con exaltación y en tono brillante.) ¡Compañeros! Dos palabras no más, porque no quiero distraer mucho tiempo vuestra atensión. Sólo el tiempo presiso para saludaros y para que sepáis que el que tiene el honor de dirigiros la palabra ¡es un loco! (Gran revuelo. Algunos se levantan asombrados.) ¡Un loco por la idea, ché! (¡Bien! ¡Bien! en los grupos.) Un loco que marchó de España, de la madre patria, hase quinse años y que regresa hoy después de sembrar el ideal que profesamos por toda la pampa americana. (Voces. ¡Bien! ¡Bien!) Sí, compañeros. Por toda la pampa. Desde Chacabuco hasta Naigo y desde las fuentes del río Colorado hasta La Boca. (Al apoyarse en la mesa, va tirando del tapete y arrastrando la botella y el vaso, hasta que caen al suelo, cuando se indique.) Y vuelvo, como me veis, mis amigos, perseguido, desnudo, famélico casi, pero con la consiensia del deber cumplido, después de fundar el sindicato en Chacabuco y en Naigo, y si no lo fundé en La Boca, no fué mía la culpa, ché, sino del paludismo maldito; de los mosquitos, que me echaron de allá, porque es imposible resistir los mosquitos en La Boca. Pero dejé sembradas las ideas de la agrupasión, la sindicasión y la revolusión, para nuestra emansipasión. (Voces. ¡Bien! ¡Bien!)

COM. O (Estridente.) ¡Pero que mu bien!

MATÍAS (Campanilla.) ¡Orden! ¡Silencio!

QUINT. (Exaltado.) Sin la sindicasión, no hay fuersa. Nos lo enseña la historia desde los tiempos más remotos. Si hubieran estado sindicados Adán y Eva, no hubieran sufrido el primer lock-out que registra la historia, cuando los echaron del Paraíso. Por eso, cuando salieron, se sindicaron pidiendo el descanso dominical a ejemplo del Supremo Hasedor, que trabajó ocho horas diarias la primer semana y al séptimo descansó. Y de esa sindicasión, nasió la primera huelga del mundo en el ramo de construsión, que se declaró en las obras de la torre de Babel, y los burgueses tuvieron que lamer el polvo, no más, y la torre no se acabó. Y se ganó aquella huelga, porque la obra de la torre fué la con-

secuensia del ansia de un patrono capintero, de Noé, un ansioso, Dios le haya perdonado, que fué el primer acaparador de ganados de todas clases y los enserró en el arca, dejando que se ahogaran las clases proletarias. (¡Bien, muy bien! en los bancos.)

MAR. (Este Quintanilla es de una frescura que da tos.)

QUINT. Pero eso no bastó para escarmentar a los acaparadores burgueses, y vino Jacob, el casado con la Raquel, que acaparó las lentejas y le fastidió a Esaú, como estos patronos han fastidiado a esa O y a sus compañeras.

COM. O Bien, muy bien.

QUINT. Y luego, Faraón, hasiendo trabajar como negros a los esclavos negros en la obra de las pirámides, mientras que él se daba una vidita babilónica, que para qué voy a contaros, cuando todos vosotros conoseréis *La corte de Faraón*. (Bebe agua.)

EMP. (Saliendo.) ¡Señor presidente, van a dar las cinco y media! (Se va.)

QUNIT. Y así siguió el proletariado explotado muchos siglos, no más, por falta de unión, sin dar señales de emansipasión, hasta que surgió Espartaco. ¡El esclavo, che! ¡El paria! Que se levantó en armas contra Roma, en defensa de los oprimidos, indignado de ver el trato horrible que se daba a los esclavos en Italia y en Lasedemonia; pasando los negros de un dueño a otro, pasando las negras, y sin dejar de sufrir y de penar, hasta que se los llevaban los lasedemonios. En España también se levantó la gente del pueblo una mañana al grito de los comuneros de Castilla, es desir, del gremio del subsuelo de Valladolid, y aquellos valientes se las tuvieron tiesas con Carlos primero y con Felipe después. ¡Y la tiranía, y la opresión cayó derribada! (Caen el vaso y la botella. Un dependiente pone otro vaso.) Y estas son las enseñansas que hase quinse años vengo predicando por toda la pampa, unas veses solo, no más; otras con un ruso, y otras con una americana muy fuerte, muy valiente, ché, como debían ser todas las mujeres proletarias. Y concluyo: al volver a mi país natal, desnudo y con hambre, quiero asercarme a

la mesa para desiros que hay que mantener la unión, y que para ello, desde hoy contais con un compañero más, pero ¡bravo!

COM. O ¡Bravo!

QUINT. ¡Bravo, intrépido! Dispuesto a dar por los ideales todo lo que tengo, hasta la vida si es presiso. Y no digo más. («¡Muy bien!» «¡Bravo!» en los grupos. Quintanilla se sienta. La Compañera O, entusiasmada, se arranca a Quintanilla y le da un beso en la frente.) ¡Grasias por ese ósculo sosietario!

MATÍAS (Dominando el tumulto con la campanilla.) En vista de que hoy es imposible tomar ningún acuerdo, y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión. (Campanilla.)

(Todos se levantan y rodean a Quintanilla para felicitarle y estrecharle la mano. Oyense en el grupo varios «¡Muy bien!» «¡Bravo!» y murmullos de aprobación. El Empresario sale azorado.)

EMP. (Con los brazos en cruz, desesperado y suplicante, se dirige al foro.) Señores, hagan el favor de ir desalojando el escenario, que ya tengo en el vestíbulo al público del vermut. (Abren el corro; algunos van desalojando el escenario. El Empresario sigue despejando con los brazos abiertos; al encontrarse frente a Quintanilla, éste se precipita en ellos creyendo que aquel señor le quiere abrazar, éste le rechaza indignado y sigue su faena indicando a los demás la salida.) Por aquí, por aquí. ¡Vamos, señores! (Los tramoyistas van quitando las mesas y las sillas con toda precipitación.)

MATÍAS Muy bien, muy bien, Quintanilla.

QUINT. (Le he gustado. ¡Ya es mío!)

RAF. ¡Bravo, Quintanilla!

QUINT. ¡Grasias, no más, amigasos! (Este discurso me va a valer mucha plata.) (Coge el vaso de agua y mientras lo bebe, un tramoyista se lleva la mesa sin que lo note Quintanilla que, creyendo dejarlo en su sitio, lo tira al suelo.)

MATÍAS Y usted, ¿dónde vive?

QUINT. Aquí en la calle de Los Tres Peces, en la academia de baile del amigo Maroto, que ha tenido la caridad de recogerme del arroyo... Abroñigal, donde pernoctaba por falta de medios.

MATÍAS Pues desde hoy se acabaron esos apuros. Véngase esta noche a cenar conmigo, y hablaremos.

QUINT. ¿A cenar?

MATÍAS ¡Sí, hombre!

(*Quintanilla le abraza. Se van marchando todos del escenario, donde sólo quedan el Empresario y los tramoyistas que ya han ido quitando decoraciones, bajando telones, etc., para la función vermut, hasta dejar la escena desnuda.*)

MAR. (¡Qué tío más tranquilo!)

MATÍAS De hombres como usted estamos muy necesitados... (*Se van todos menos los dichos.*)

EMP. (*Al jefe de los acomodadores, que se supone en el patio de butacas.*) ¡Tú, Pepe, ya puedes dar la entrada! (*A los tramoyistas.*) ¡Hala, vosotros a escape! (*Dando unas palmadas y dirigiéndose a los telares.*) ¡Juanito! ¡Venga el telón de boca!

(*Cae el telón.*)

FIN DEL PRÓLOGO



ACTO PRIMERO

Interior de una farmacia. Dos huecos al foro, que dan a la calle. El de la izquierda, es la puerta de entrada, en cuyo cristal se lee desde fuera «DOCTOR M. POLITE». El de la derecha, es el escaparate, en cuya luna dice, también desde la calle, «COOPERATIVA OBRERA». Delante del escaparate y paralelamente al lateral derecha, el mostrador con papeles algún tarro de pastillas y dos o tres mejunges sobre sus recetas. Frente al mostrador, una silla, y a la izquierda del proscenio, una mesita con periódicos y dos silloncitos, acompañados de alguna silla volante. Convenientemente repartidos, estantes de botica y anuncios de específicos. Aparatos de luz, encendidos.

—

(Al levantarse el telón, están en escena TRINI y RAFAEL, en dulce palique, sentados en los silloncitos de la izquierda, mientras DARIO está a la puerta, de centinela.)

TRINI ¡Ay, Rafaelillo! ¡Cuándo estaremos juntos muchos días seguidos!

RAF. ¡Trini!...

TRINI ¡Rafael!...

DARÍO (Desde la puerta, a Rafael.) Tu padre viene ya por el tinte.

TRINI (Levantándose rapidísima.) ¡Ay! ¿Me voy por la rebotica?

RAF. ¡Sí!

TRINI ¡Que no me coja!

RAF. ¡Anda!

TRINI Hasta que vuelva a pescar otro ratito suelto.

DARÍO (Como antes.) Tu padre está en la comisaría.

TRINI ¡Uy, pobrecillo! ¡Ja, ja, ja!

RAF. ¡Anda!

TRINI ¡Adiós! (Le echa un beso y se va riendo. En la calle empieza a tocar una orquesta callejera.)

RAF. Esta chiquilla tiene por corazón unas castañuelas, y yo no vivo sin su repiqueteo. (Se va tras de Trini.)

DARÍO Ya está aquí tu padre.

(La orquesta, fuera, sigue tocando hasta terminar la pieza que empezó. Entra MATIAS, pausadamente. Darío le ayuda a quitar el sombrero y el gabán, y deja el abrigo, tieso, sobre una silla de la izquierda, poniendo el sombrero encima de la prenda, sobre el cuello. Matías coge un periódico y se va a leerlo junto al escaparate, pasándose la mano por la frente como si le doliera la cabeza. Entra EZEQUIEL, que es el postulante de la orquesta, con un platillo de hoja de lata en la mano. Ezequiel es muy cegato; al entrar tropieza con una silla y se dirige a la que tiene el gabán y el sombrero, tomándolos por una persona.)

EZEQ. Muy buenas tardes, señor Matías, y la compañía.

MATÍAS ¡Hola, Ezequiel!

EZEQ. (Al oir la voz, se dirige haciá Matías. Al gabán.) Usté dispense. (A Matías.) Vengo por el óbolo vespertino de toas las tardes... ¡Achís!

MATÍAS Muy bien hecho.

EZEQ. ¡Achís! (Cada vez que estornuda, abre la boca un rato largo, mirando al cielo, como si le fueran a echar guindas.)

MATÍAS Buen constipado traes.

EZEQ. De primera, don Matías. Hace tres días que no puó respirar por las narices, porque como tengo interceptá la vía nasal, el aire tié que circular con trasbordo. ¡Achís! Y tengo que vivir con la boca abierta, que paece que me choca algo. Con eso y con los estornudos, cuando me ven los *transuentes*, se cren que pasa un aroplano y miran tos pa arriba. A mí m'azara la mar. ¡Aaachís!

MATÍAS Tómate estas pastillas y quédate un par de días en la cama, que yo te daré de baja para que la Sociedad te pase las tres pesetas.

EZEQ. Muchas gracias, pero no me tié cuenta, don Matías. Al frente de la orquesta, saco yo el doble. Y, además, los comprofesores, que si me quedo yo en casa, ¡se acabó la sinfónica! porque ca profesor se va por su lao.

DARÍO ¿Qué, desafinan?

EZEQ. No, que como son ciegos, en cuanto que se

sueltan, tropiezan. Como es que da la casualidá que no ven...

MATÍAS Bueno, hombre, que te tomes esas pastillas.

EZEQ. Muchas gracias. Usté siempre tan caritativo y tan...

MATÍAS Y toma el óbolo vespertino, pero hoy no toquéis más, porque tengo un dolor de cabeza que no veo.

EZEQ. ¡Que Dios se lo aumente! (Tomando la limosna.)

DARÍO Mira, me vas a hacer un favor.

EZEQ. Lo que usté me mande.

DARÍO Que avises al mozo de cuerda de la esquina para que venga a llevarse un fardo de botellas de Mondáriz, de parte de don Matías.

EZEQ. Será servido. (Ya en la puerta.) Y si no está el mozo ese, ¿aviso otro?

DARÍO No. Dejas el recado en la tienda para que se lo digan cuando vuelva.

EZEQ. Con Dios, Darío.

DARÍO Hasta mañana, Arbós.

(Ezequiel se va estornudando, y en su ceguera tropieza con CONSUELO, que entra con una receta en la mano. Matías, se sienta a leer, a la izquierda.)

CONS. Buenas tardes.

DARÍO ¡Hola, Consuelo!

CONS. Darío, hijo, despáchame de seguida.

DARÍO Sí, mujer, en seguida. ¿Cómo está don Saturio?

CONS. Haciendo el pedido pa la funeraria. Ya lleva tres pares de inyeciones de esparto y cinco de alcanfor alcanforao, conque fíjate cómo andará de polilla el pobrecito; pa ocho pares de inyeciones...

DARÍO Sí, ya se conoce por la receta, porque esto es un narcótico que se lo das a un caballo y ronca.

CONS. ¡Hay que ver!

DARÍO (Envolviéndola un paquete.) Ahora te llevas estas dos ampollas, y luego vuelves por el narcótico, porque hay que prepararlo.

CONS. Bueno, pero ya sabes que corre mucha prisa.

DARÍO ¡Pobre don Saturio!

CONS. Hasta luego. ¡Que lo tengas pronto! (Inicia el mutis.)

DARÍO Descuida.

(Entra QUINTANILLA. Viene desconocido, con traje nuevo, botas, gorra de sport y cara de satisfacción.)

QUINT. (A Consuelo, que se va.) ¡Adiós, preciosa! ¿Por qué no te hases tirabusones con esas pestañas? Y tú dirás cuando anhelas venirte a pasear por algún paraje frondoso.

CONS. Aún no he fijao la fecha. (Rediez, y qué pelmazo es el paraguayo éste.) (Mutis. Darío entra y sale de la trastienda con frascos y recetas.)

MATÍAS Pero, hombre, Quintanilla, eres incorregible. Y ya sabes que aquí, en mi botica, no me gustan esos chicoleos a las criadas.

QUINT. Tiene usté rasón, don Matías. Yo, en esto del piropo, soy improrrogable.

MATÍAS Pues hay que comprimirse.

QUINT. Procurarelo; pero al espíritu hay que darle siertas compensasiones. Anoche, a las dos y media, todavía yo estaba en el sentro sosial ultimando la sircular de convocatoria, ¿sabe? Y serrando cuentas. Esto no es vivir, don Matías. Esto es matarse a trabajar por la idea. Igual hise en la Pampa. Por los ideales lo dí todo, hasta quedarme en cueros. Ya recordará usté cómo vine.

MATÍAS ¡Ya, ya!

QUINT. Los últimos meses, en Buenos Aires, para poder vivir, tuve que poner un puesto de refrescos, y en cuanto lo abrí, ¿sabe quién refrescó allí? ¡El tiempo, mire qué suerte!

DARÍO Don Matías, hay que hacer un pedido de cloruro de metilo, porque se ha quedado dando las boqueadas con esta receta. ¡Como que hay que ver el narcótico éste! (Le enseña el frasco y la receta.)

MATÍAS ¡Qué atrocidad! Y está bien claro.

DARÍO Y tan claro. Pero es atroz. Como que echa usté cuatro gotas de esto en el Manzanares, y cierra los ojos el Puente de Toledo. (Deja receta y medicina sobre el mostrador, en un extremo del mismo.)

QUINT. Hombre, Darío, apropósito de narcóticos, dame un par de frascos de jugo de carne de Valdés, porque con este exceso de trabajo, desgasto tanto, que me debilito.

DARÍO Señor Quintanilla, usted dispense, pero en ocho días le llevo dados doce frascos de Valdés... Y voy a perder la existencia. (Ya me va cargando la gorronería del tío éste.)

QUINT. (A Matías.) ¿Pero está usté oyendo?

MATÍAS Vamos, Darío, no seas cicatero. Dale un

frasco. (A Quintanilla.) ¿Quiere usted tomar alguna otra cosa?

DARÍO ¡Que le den un caldo!

QUINT. ¡Hombre, sí! Que me den un caldo.

MATÍAS (A Darío.) Entra a casa y dile a la Romualda que le saque una taza de caldo a Quintanilla. (Medio mutis Darío, muy contrariado.)

QUINT. Hombre, sí, y le echas un par de cucharadas de jugo de carne.

DARÍO (¿Conque de jugo de carne! eh? ¡Pues vas a ver!) (Cogiendo un tarro. Mutis a la rebotica. Entra la URBANA con un cesto grande de los que usan las verduleras, vacío. La Urbana, es una verdulera que está afónica de beber aguardiente.)

URB. ¿Está el señor Matías?

QUINT. Ahí le tiene usté.

URB. Buenas tardes, señor Matías.

MATÍAS Hola, Urbana, ¿qué te trae?

URB. Que mi hombre está mu malo, señor Matías.

MATÍAS ¿Sigue con calentura?

URB. Echando humo. ¡Está c'abrasa!

MATÍAS ¡Vaya por Dios! ¿Y qué me quieres?

URB. Que osté, que es tan güeno, se llegara a verle mientras que yo voy a recoger unos morrones pa mañana.

MATÍAS (Poniéndose el abrigo.) Bien, vamos allá.

QUINT. (Y ahora le regalará las medisinas. ¡A este hombre lo van a arruinar!)

MATÍAS ¿Y no le pasa socorro la Sociedad?

URB. No nos lo pasa más que a nosotras. A las familias, ná. Aunque se descoyunten de malas. Yo lo quise proponer el otro día en la diretiva.

MATÍAS ¿Y no lo aceptaron?

URB. No, es que pa la diretiva, me dijeron que yo no tengo voz.

QUINT. Ni para la marinela tampoco.

MATÍAS Bueno, mujer, vamos a ver qué le pasa a tú hombre.

URB. Ya lo verá usté, señor Matías, que ese ya no es un hombre, es una salamandra. (Se van Matías y Urbana.)

DARÍO (Por la trastienda.) Aquí está el caldo.

QUINT. ¿Con el jugo?

DARÍO Sí.

QUINT. Grasias, amigaso, porque estoy que me caigo..

DARÍO (Cuando te vas a caer, va a ser dentro de un rato.) Pues tómeselo usté.

QUINT. (Bebiendo.) ¡Está macanudo, ché!

DARÍO ¡Ya verá usté qué bien le sienta!

LES. (Entrando de la calle, con un dolor de muelas furioso y una venda por la cara que casi se la tapa. LESACA es un aperador andaluz, acomodado, pero bastote.) ¡Ay! ¡Auuum! ¡Huuum...! ¡Vaya una muele sita, camará! ¡Huuum...! (Se sienta, con las manos en la cara, junto al mostrador y sigue quejándose sordamente.)

QUINT. Este pobrito trae un dolor de muelas que muge.

DARÍO Sí que viene bueno.

LES. (En un acceso de dolor, da un puñetazo tremendo sobre el mostrador, que asusta a Quintanilla. Se queda con la cabeza entre las manos, rugiendo, hasta que al levantarla queda suspenso al reconocer a Quintanilla.) ¿Será verdá lo que estoy viendo? ¿Usté aquí?

QUINT. (Asombrado, mira a todos lados.) ¿Eh?

LES. No mire osté p'atrás, mi amigo, si es a osté.

QUINT. (Escamado.) ¿A mí?

LES. ¡No sabe osté lo que m'alegro de verle! Como que del gusto, se m'a pasao er doló de muela.

QUINT. (¡Caray, esa voz!)

LES. Pero, ¿ya no s'acuerda osté de mí, o e que me desfigura tanto esta vendita? (Se la quita.)

QUINT. (¡Qué bendita casualidad! ¡Lesaca aquí!)

LES. ¡Míreme osté bien! ¿Ya no s'acuerda osté de Lesaca? ¿De su amigo Lesaca, er de Torre der Mar? (Con una rabia, que se lo comería.)

QUINT. Lesaca... Lesaca... Pues, francamente, no recuerdo. (¡Maldita sea tu estampa.)

LES. ¡Osú, y cómo ha perdío osté la memoria en pocos años. Pos yo bien que m'acuerdo de osté. Der gran Ladislao Ormedo. Der grandísimo sinvergüensa de Ormedo!

DARÍO ¡Vaya un amigo!

QUINT. (Con la mayor sangre fría, a Darío.) Pero, ¡qué dise este hombre, ché! ¿Vos le conoseis?

LES. Por osté no pasan los años. Se conserva osté iguá. Tan losano... ¡y tan fresco!

QUINT. (Este Lesaca, me está comprometiendo.)

LES. De mó y manera, que ya no s'acuerda Ladislao de aquella plantasión de café y de aquellas tres mil pesetejas...

QUINT. (A Darío.) Debe padeser horrorosamente, ché, porque desvaría. (Pero, ¿de dónde habrá caído este Lesaca?)

LES. ¡Poquitas ganas que tenía yo de encontrarle a osté! Como que va pa quinse años que toas las mañanas, al despertalme, es lo primerito que m'acuerdo; de osté y de mis difuntos.

QUINT. ¡Dios los tenga en su santa gloria! (A Darío.) Desvaría.

LES. ¡No desvarío, que le conosco a osté mu bien! (Echándosele al pescuezo.) ¡Canalla, sinvergüensa!

DARÍO (Separándolos.) ¡Señor mío!...

QUINT. ¡Ay! ¡Sujétalo fuerte, que está loco!

LES. ¡Poca lacha! (El esfuerzo le produce un agudo dolor de muela, y suelta a Quintanilla.) ¡Ay, ay! ¡Argo pa esta mardesía muela!

QUINT. (Un rayo rapidito que te aniquile.)

LES. (Retorciéndose.) ¡Un carmante!

QUINT. Darío, vete y prepárale algo.

DARÍO (Yendo a la trastienda.) Voy en seguida.

QUINT. (Este se ingiere el narcótico para que no hable.) ¡Abra no más la boca! (La abre Lesaca y Quintanilla le echa un chorro.) Verá usted qué bien nos va a sentar esto. (Lesaca, algo abatido, se va quejando más débilmente.) ¿Se alivia?

LES. Un poco.

QUINT. ¿Un poco no más? ¡Pues otra gotita! (Al echarle otro chorro, Lesaca se desploma sobre Quintanilla, que con el frasco en la mano, no sabe cómo sostenerle. Por fin, le deja sobre una butaquilla y el frasco sobre el mostrador, al extremo opuesto de donde le cogió.) Ya se ha callado. Ahora me lo llevo y lo dejo en una esquina obscura. (Intenta levantarlo y no puede.) ¡Señor, mándame fuerzas para resistir esta carga!

(Se ve pasar por delante del escaparate al MOZO de cuerda, que entra en la botica.)

MOZO ¿No avisaron aquí para llevar un fardo?

QUINT. Sí, el boticario.

MOZO ¿Cuál es el fardo?

QUINT. (Por Lesaca.) Ahora éste.

MOZO ¡Este!

QUINT. Sí, éste, que se ha puesto malo y hay que llevarlo a la Casa de Socorro. (El Mozo lo coge por debajo de los brazos, Quintanilla por las piernas y se lo llevan a la calle.)

MOZO Pero, ¿qué le ha dau?

QUINT. Pues le ha dau... por fastidiarme.

MOZO ¡Caray, y qué pesadu es!

QUINT. No lo sabe usted bien. (Se van con el privado.)

DARÍO (Saliendo de la trastienda con una medicina.) Tome usted esto. ¡Anda, pues si no están! ¿Se habrán ido a la casa de socorro?

(Va hacia la puerta, a tiempo que entra TRINI.)

TRINI ¿Está Rafael?

DARÍO ¿Otra vez por aquí? Qué sofocada vienes.

TRINI Sí, pero no es nada. ¿Está Rafael?

DARÍO Sí, ahí dentro lo tienes.

TRINI ¿Está su padre?

DARÍO No.

TRINI ¡Ay que bien! Pues avísale.

DARÍO (Desde la puerta de la trastienda, llamando fuerte.) ¡Rafael... Rafael...! ¡Que está aquí la Trini!

TRINI (¡Ay! ¡Virgen de la Paloma!)

RAF. (Saliendo por la trastienda.) ¡Trini!

TRINI ¡Rafael!

RAF. ¿Qué te pasa, que estás tan agitada?

TRINI Nada, chiquillo. Es decir, mucho.

RAF. ¿Qué ha pasado?

TRINI Nada. Que como tú no lo remedies, ahora sí que va de veras.

RAF. ¿El qué?

TRINI Que acaba de marcharse de casa el maestro Maroto, que ha ido a darme la lección de canto como todos los lunes.

RAF. Bien, como todos los lunes. ¿Y qué?

TRINI Pues que no hemos dado lección; que se ha puesto de palique con mi madre... y no hemos dado lección.

RAF. Bueno, pero ¿qué le ha dicho a tu madre?

TRINI Pues la dijo. (Remedando.) «Mire usté, señá Flora: la Trini ya sabe los cuplés, dormida y seguir con las lecciones, es perder el tiempo y engañarla a usté; lo que procede es que vaya ocho días a la calle de Los Tres Peces, a mi academia. Yo la preparo allí, y antes de quince días debuta en Romea.

RAF. ¡Canalla!

TRINI Espera, Rafael, que no he acabado.

RAF ¿Y qué dijo tu madre?

TRINI Pues mi madre, la dijo: (Remedándola.) «Pero, señor Maroto, eso ya sabe usté que no pué ser; que la Trini está en cueros.» ¡Fíjate! que la Trini está en cueros; «y yo, de mo-

mento, no tengo pa un equipo como el que se necesita pa debutar». Y va Maroto, y la dice: «Eso, señá Flora, no empece. Yo no tengo inconveniente en adelantarla a la chica lo necesario pa los primeros gastos, que ya me lo cobraré yo de las nóminas...»

RAF. ¡Sinvergüenza! Y tu madre, ¿qué?

TRINI Pues figúrate. Loca de contenta. Ha aceptado la proposición, y... mañana mismo voy a la academia... y el mes que viene... (Con sentimiento.) ¡debuto! Contra todo nuestro gusto, pero como mi madre se empeña en que esa es su salvación y la mía... Como tú no me ayudes, Rafael, yo no sé lo que voy a hacer.

RAF. Pues lo primero, no ir a la academia ni atada.

TRINI (Asombradísima.) ¡Pero, Rafael, hijo! ¡Parece que no conoces a mi madre! ¡mi madre es capaz de parar un tanque con la cabeza!

RAF. Tú has de ser mi mujer honradamente, aunque se pongan en contra todas las madres del mundo. ¿Lo entiendes?

TRINI ¡Ay, qué peso me quitas de encima! Pero de todos modos, piensa lo que hacemos, porque ahora lo del debut va muy en serio, Rafaelillo.

(Entra MATÍAS por la calle.)

RAF. ¡Mi padre, qué contrariedad!

TRINI (Muy humilde.) Muy buenas tardes, don Matías.

MATÍAS (Muy contrariado.) Buenas tardes. (A Rafael.) ¿No tienes cosa mejor en qué pasar el tiempo? (A Trini, muy seco.) ¿Y usted, no podría pasarlo mejor en otra parte?

RAF. ¡Padre! (Trini, apesadumbrada, inicia el mutis.)

MATÍAS (Arrepentido de su dureza.) No, no se marche usted. Dispense si he estado algo brusco, pero yo la ruego que olvide a Rafael.

TRINI (Con pena.) ¿Que olvide a Rafael? ¡Eso es como pedirme que no respire!

MATÍAS No es lo mismo. Y así tiene que ser... porque... mire usted, Trini... yo no puedo explicarle a usted las razones que tengo para pedirla que olvide a Rafael... pero son muy serias.

TRINI (Con desaliento.) Sí, ya las sé.

RAF. ¡Padre!

TRINI — Todo es por mi madre, ya lo sé. Porque usted se cree que mi madre... (Llorando.)

RAF. — ¡Trini!

MATÍAS — (Contrariado.) No, hija mía...

TRINI — Sí, señor, sí. Usté es muy bueno, pero se cree otra cosa de mi madre, porque como ella es así, que tiene ese genio y esos modos...

MATÍAS — No, no es eso.

TRINI — Pero no es lo que parece, don Matías; es... lo que las circunstancias la han hecho que sea. ¿Qué quiere usté, si mi padre no se portó bien con ella? ¡Si la dejó abandonada con dos hijas, la Antoñita, de siete años, y yo, de cinco... ¡¡¡Solas en el mundo, sin apoyo!!!

RAF. — ¡Padre, no es usted justo ahora! ¡Usted, tan bueno!...

TRINI — Mi hermana se casó, pero yo!...

MATÍAS — (Impresionado y batiéndose en retirada.) Yo sé lo que me digo... Ya hablaremos otra vez. (Yendo hacia la trastienda.) Ahora no es momento... (Se va.)

TRINI — ¡Rafael!...

RAF. — No te apures, podremos contra todos.

(Se cogen las manos efusivamente. En esta postura los sorprende FLORA, que entra en la botica, y se queda a la puerta en jarras.)

FLORA — (Hecha una furia.) (Si ya me figuraba yo que ésta estaba aquí de palique.) ¡Pero que muy buenas!

TRINI — (¡Ay, mi madre!)

RAF. — Señora Flora... oiga usted...

FLORA — ¡Pero qué tengo que oir, ni qué tengo que ver más que lo que he visto! (A Rafael.) ¿Cómo quiés que te diga que yo no consiento en perder el tesoro que tié la Trini en la garganta, pa que se vaya al casorio? ¿Te crees tú, guasón, que yo la voy a dejar pa que la pase como a su hermana, que acabó en cónyuge cuando iba pa mucho más si llega a debutar?

RAF. — ¡Señora Flora!...

TRINI — ¡Madre!...

(DARÍO entra, y al ver a la Flora, se mete huyendo, como si hubiera visto al diablo.)

FLORA — ¡Hija!... ¿Pero no conoces que me se está llenando la cabeza de lóbulos rojos, y que no quió que se me salgan y empringuen

esto? (Coge a Trini de un brazo, se la lleva y vuelve.) Yo no quió pa mi hija casorio ni ná con los cochinos hombres, que tós son iguales, desde el buen ladrón hasta San Hombono. (Se va y vuelve.) Yo la quió a la Trini pa el arte; ¿sabe usté? (Se va y vuelve.) Y no pa que le pase lo que a mi Antonia, o lo que a mí, que me veo desampará en la madurez, cuando ya me acometen los alifafes y se me empiezan a revolver los rumores herpéticos. ¡Y vámonos! (Medio mutis.)

RAF. Usted está obcecada, señora Flora...

FLORA (Volviendo, descompuesta.) Le digo a usté que ¡miau! muchas veces.

RAF. Si usted atendiera a razones...

FLORA No se moleste usté. ¡Anda, Trini! (La da un empujón y se van las dos.)

DARÍO (Saliendo con precaución y asustadísimo.) ¡Chico!...

RAF. ¿Pero has oído a la Flora? ¿Qué te parece?

DARÍO Que no te cases con la Trini hasta el segundo aniversario de su señora mamá. Y ahora, oye una cosa que he descubierto por una pura casualidad.

RAF. ¿Qué has descubierto?

DARÍO Que Quintanilla no es Quintanilla.

RAL. ¿Qué?

DARÍO Que es un tío tramposo, más fresco que un pijama, que se llama Ladislao Olmedo.

RAF. ¿Pero qué dices? (¿El padre de la Trini?) ¿Cómo lo has sabido?

DARÍO Por un tío que ha entrado aquí con un dolor de muelas exogaradísimo; bueno, era un andaluz.

RAF. Bien, al grano, porque estoy intrigadísimo.

DARÍO Pues, oye. Pero no. Es mejor que se lo cuente también a tu padre, a ver si se le pasa la debilidad que tiene por ese sinvergüenza. ¡Porque es un sinvergüenza!

RAF. Me lo estaba figurando.

(Se van por la trastienda. Queda la escena sola. QUINTANILLA, desde la calle, mira por el escaparate, a ver qué pasa, y en seguida entra.)

QUINT. Hay que convenir en que ese maldito Lesaca ha estado a dos milímetros de ponerme en un compromiso muy gordo, delante de Darío. Pero ahora me traigo embotellada una combinasión sosietaria, que en cuanto se la cuente a don Matías me manda levan-

tar una estatua ecuestre y me nombra su heredero universal. (Le duele la tripa.)

(Se coloca detrás del mostrador y saca de un bote unas grajeas, que se toma. Entran en la botica un CHICO y SERAFÍN, que es otro más chico.)

CHICO ¡Entra, Serafín! (Serafín se queda tan oculto junto al mostrador que Quintanilla no puede verlo.) Buenas noches. Que me dé usté esto. (Entrega a Quintanila una receta.)

QUINT. (Leyendo la receta.) Un frasco de seis pesetas de Kola de Canseco. (Buscando por la anaquelería.) Si Darío no ha movido la Kola, debe estar aquí. Justo. (Cogiendo un frasco, que le da al Chico.) Toma. (El Chico le da seis pesetas, que se guarda Quintanilla.)

CHICO ¿Tiene usté palo luz?

QUINT. Tengo.

CHICO Pues dele usté dos palos a éste.

QUINT. ¿A quién?

CHICO (Sacando a Serafín.) A éste.

QUINT. (Les da lo que piden, y el Chico paga.) Está bien.

CHICO Con Dios. (Se van los chicos chupando el palo dulce.)

DARÍO (Por la trastienda. En seguida RAFAEL y MATÍAS.) Pero, hombre ¿dónde se metió el de las muelas?

QUINT. Pues ya lo viste. Que estaba loco, y de pronto le dió por irse a la Casa de Socorro.

RAF. (Entrando con su padre.) Que sí, padre, que hay que escarmentarle. ¡Déjeme usté a mí! ¡Silencio!

QUINT. ¡Don Matías, ché! ¡Que me alegro verle! (Siguen hablando Matías y Quintanilla a la derecha.)

RAF. (Con Darío, a la izquierda.) Llégate aquí, a la vuelta, al comité.

DARÍO Sí.

RAF. Les explicas la combina al Molinero y a Sotero, y te vienes con ellos en seguida.

DARÍO En seguida. (Se va a la calle.)

QUINT. (A Matías.) La causa está de enhorabuena.

RAF. Sí, ¿eh?

QUINT. ¡Ya lo creo! En cuanto ustedes sepan lo que acabo de haser, me van a echar los brasos al cuello.

RAF. (Para extrangularte.)

QUINT. Ahora van ustedes a saber no más quién es Deograsias Quintanilla.

RAF. ¡Si ya lo sabemos!

QUINT. ¡Quiá! Ahora lo sabrán

MATÍAS ¿Pues qué ocurre?

(Entra el MOZO por la puerta de la calle.)

MOZO Buenas noches.

QUINT. (¡Mi madre, a ver si este va a meter la pata!) (Se va junto al Mozo.)

MOZO Venía a por el fardu.

RAF. (Entrando en la trastienda.) Aquí lo tienes. Pasa por él.

MOZO (A Quintanilla.) Aquél del arcidente...

QUINT. (Tapándole la boca.) ¡Chist! Habla bajo, hombre.

MOZO (Bajo.) Pus ná, que cuando usté nus dejó, me lo cugieron dos guardias y arrearon cun él pa la Casa de Sucorru.

QUINT. ¡Ah! (Yo no me aparto de este hasta que se vaya.(Entran los dos en la trastienda.)

RAF. (Saliendo de la trastienda; a Matías.) Verá usté qué escarmiento.

MATÍAS Yo no quiero prestarme a esa farsa con ese sinvergüenza. ¡Allá vosotros!

RAF. Sí, padre; más vale. Usté no se meta en nada (Matías se mete en la trastienda.) Bueno, los hay frescos, pero éste, se bebe un vaso de agua y le nieva en la tripa.

(Salen de la trastiena Quintanillda y el Mozo. Este, cargado con la caja, atraviesa la escena y se va a la calle.)

RAF. Ya sabes: por pequeña velocidad.

MOZO Cumprendidu. Cun Dios.

QUINT. Adiós.

(Entran por la puerta de la calle DARÍO, SOTERO EL MANCO y EL MOLINERO. Estos son dos patibularios, que infunden pavor. Sotero tiene la mano izquierda cortada y lleva un muñón de cuero. Molinero es un andaluz cerrado, muy bruto.)

SOT. Muy buenas.

MOL. Guás noches.

QUINT. Servidor.

RAF. Quintanilla, tenemos que tratar con usté un asunto delicadísimo. (Sentándose en las sillitas de la izquierda e invitando a los demás.) Ustedes dirán.

RAF. En pocas palabras: se trata de un asunto delicadísimo para la causa... ¡Y de mucho compromiso!

QUINT. ¿De compromiso?

RAF. (Solemne.) ¡Sí!

SOT. ¡Sí!

MOL. ¡Zí!

QUINT. ¿Sí? Y para ese asunto hase falta un hombre desidido, ¿no?

RAF. ¡Sí!

SOT. ¡Sí!

MOL. ¡Zí!

QUINT. (Esta es la mía. A explotar el filón.) Pues aquí está ese hombre. Cuenten conmigo para todo no más. ¿De qué se trata?

MOL. (Bajo y solemne.) ¡De azeziná a un home!

DARÍO ¡Qué cara ha puesto! (Recoge la taza de caldo y se va.)

QUINT. (Que se incorporó para oirle, se sienta de golpe. El diálogo siguiente, en voz baja y con misterio.) ¡Ah!

RAF. Esa es la verdá, por dura que sea. El comité ha sentenciado a muerte a César Monedero, el patrono de Vicálvaro. Y la sentencir... ¡ha de ejecutarse!

QUINT. Pero...

RAF. Y se ha de ejecutar por los hombres que se han ofrecido al comité *para todo.* Y como esos hombres sois vosotros tres, os he reunido para que os pongais de acuerdo.

SOT. ¡Eso!

MOL. ¡Ezo!

QUINT. (Más muerto que vivo.) Pues de acuerdo, amigasos. Uno de vosotros.

MOL. ¿Ze va osté a echá pa atrá?

QUINT. ¿Yo? (Con dignidad.) ¡Nunca! Pero por lo mismo que es una misión tan delicada, no quiero privarles a estos de la gloria.

MOL. Muchaz graziaz. (Le estrecha la mano y se la hace polvo.)

QUINT. ¡Ay!

MOL. Pero nozotro no queremo pa nozotro zolo loz azunto de honó, y queremo echalo a zuerte con ozté. (Como si pregonara billetes de lotería.) ¡A ver a quién le zale la zuerte!

QUINT. (Parese que está pregonando el gordo de Navidad.) Pues esa suerte, os la dejo a vosotros no más.

MOL. No lo conzentimo, ¿verdá, don Rafaé? (Rafael, deniega con la cabeza. A Sotero.) ¿Verdá, tú? (Sotero deniega con la cabeza.) Ya lo oye ozté.

QUINT. Molinero, amigaso, que yo no he oído nada. (Bueno, con estas emosiones de hoy, se me están poniendo unas tripitas, que tengo un malestar y un rumor interno insoportables.)

MOL. Don Rafaé, vamo a jasé tré tira de papé y er que zaque la ma larga, eze é er afortunao.

SOT. Conforme.

QUINT. No, a mí no me hagan ustedes tiras.

(Rafael va al mostrador a preparar las tiras mientras habla con DARIO que ha salido.)

MOL. ¡A ozté zí! (Dándole un golpe tan brusco, que lo sienta en la silla.) ¡Ozté z'ha comprometío igual que nozotro!

(Rafael vuelve con tres pedazos de serpentina, ocultos entre las manos, dejando asomar tres trocitos iguales.)

DARÍO. (¡Está pasando las morás!)

RAF. Aquí están los papelillos. Tirad, a ver quien saca la más larga. (A Quintanilla.) Tire usté, Quintanilla.

QUINT. (A Molinero.) No, de ningún modo, ¡primero usté.

MOL. (Amenazador.) S'ha dicho, que ozté.

QUINT. ¡Caray, Molinero!

MOL. ¡Vamo!

QUINT. (Contrariado, tira de una punta y saca, desarrollándola, una serpentina de dos metros.) (¿Habrá otra más larga?) ¡¡Ay!! (Le da un retortijón, que le obliga a sentarse y contraerse, volviendo la espalda a Rafael. Este corta rápidamente los papeles que le quedan en la mano y se guarda los trozos.)

MOL. Ahora veremo zi ez la ma larga. (Quintanilla, se vuelve otra vez de frente y sucesivamente sacan sus tiras, que son más cortas, Molinero y Sotero.) Ya ve ozté. A ozté l'ha tocao, don Quintanilla. Enoragüena, ozté cobra la do mir pezeta y quea en er encargo. (Se levantan todos.)

QUINT. (¡Pues es un encarguito!)

SOT. ¡Sea enhorabuena! (Le sacude la mano.)

QUINT. (¡Qué bestia!)

RAF. Ya lo sabe usté. Es muy doloroso, pero en el plazo de tres días, se ha de ejecutar la sentencia.

MOL. Y si no, le ejecutamoz a ozté, don Quintanilla.

RAF. Mañana le llevarán las dos mil pesetas votadas por el comité.

QUINT. (Con ese dinero, me largo a la Pampa.) (Reaccionando.) Estar tranquilos. Cumpliré como bueno. (Como haya de matar yo a ese patrono, va a vivir más que un protagonista de película americana.)

MOL. Y aquí está el arma. (Dándole una pistola.)

QUINT. (A la tripa.) ¡Ay! Grasias, no más. No la nesesito.

MOL. ¿Lo va ozté a matá a puñetaso?

QUINT. Es que tengo otra.

MOL. ¡Lléveze ozté ezta, que ez de chipén!

QUINT. (La coge maquinalmente y se la guarda.) ¡Ay!

RAF. Quintanilla, ya lo sabe usted. Si le cogieran, en el proceso, en la cárcel, en el patíbulo... ¡cuenta usted con nosotros! (Quintanilla se desvanece en brazos de Molinero.) ¡Quintanilla!

MOL. ¡Don Quintanilla! ¡Z'a privao!

RAF. ¡Quintanilla! Este hombre, no vuelve.

MOL. ¡La groma ha zío pezá, don Rafaé!

RAF. ¡Darío, trae el éter!

(Darío, va corriendo y vuelve con el éter. Han colocado a Quintanilla en una de las butacas de la izquierda, de cara al público, y le rodean todos. Le quitan la gorra y se la dejan sobre el mostrador.)

MOL. Ezto e der zuto.

SOT. ¡Ya lo creo!

DARÍO. ¡Qué del susto! Este no se asusta por nada. Es que yo le he dado jalapa.

RAF. ¿Qué?

DARÍO. Sí, en el caldo.

RAF. ¡Pero, hombre!...

CONS. (Entrando como un rayo.) Vengo escapada. Darío, dame eso.

RAF. (A Darío que está asistiendo a Quintanilla.) Despacha.

DARÍO (Buscando la medicina por el mostrador, donde la dejó.) Pero, ¿dónde está? ¡Si yo la dejé aquí, sobre la receta...!

RAF. ¡Por Dios, hijo, que don Saturio la diña!

DARÍO (Atolondrado.) ¡Voy, mujer! (Encontrando el frasco.) ¡Ah! Toma, aquí está. (Se lo da.)

(Se oyen en la calle varios bocinazos de auto y en seguida un grito seco de varias voces, seguido de rumores fuertes.)

CONS. (Que cogió la medicina e iba a salir precipitadamente, se detiene a mirar por el escaparate.) ¿Qué es eso?

DARÍO (Yendo a la puerta y mirando hacia el lado izquierdo de la calle.) ¿Qué ha pasado? (Siguen los rumores en la calle.)

RAF. Pero, ¿qué es?

(Dejan solo a Quintanilla, privado en su sillón, para asomarse a ver qué pasa.)

DARÍO (Apartando a Consuelo y a los demás.) ¡Quita, quita!

(Se apartan todos para dejar paso a FLORA que viene desmayada y descalabrada en brazos de dos hombres, uno de ellos guardia, que la colocan en el sillón del mostrador, de cara al público. La Flora, en un movimiento convulsivo le tira al guardia la gorra, que éste recoge después, poniéndola sobre el mostrador al lado de la de Quintanilla. La gente de la calle, trata de meterse en la botica, y algunos lo logran. Todos rodean a la accidentada, y MATIAS, que ha salido de la trastienda, se dispone a auxiliarla.)

MATÍAS ¡Que no entre nadie! Molinero, cierra la puerta.

(Molinero obedece y entonces, los grupos de la calle, se van frente al escaparate, donde iluminados por la luz de éste, se les ve curiosear y comentar lo que ocurre dentro. Darío, que había entrado en la trastienda, sale con una palangana en la mano, que deja en el mostrador mientras busca algodones, gasa, etcétera.)

RAF. ¡Es la Flora!

DARÍO ¡Sí, es la Flora! ¡Por poco la mata el auto! (Se ponen a curar a Flora.)

QUINT. (Volviendo en sí.) Pero, ¿qué me pasa a mí?

CONS. (Forzajeando por salir, a Molinero.) Abrame usted, que mi amo la entrega.

MOL. De aquí, no zale naide.

CONS. ¡Que se muere mi amo! (Sigue tratando de convencer a Molinero, inútilmente.)

QUINT. ¿Dónde estoy?

MATÍAS Más algodones.

MOL. (A Consuelo.) ¡Que no zale naide!

QUINT. (Tambaleándose, se acerca al grupo. A Sotero.) ¿Qué es eso, mi amigo?

SOT. Que l'ha pillao un auto a la señá Flora, la Canela.

QUINT. ¿A la señá Flora... la Canela? ¿Qué dise? (Pero, ¿a mí qué me pasa?) (Atontado, va dando pasos hasta colocarse frente al grupo, que se habrá abierto convenientemente para que Quintanilla pueda ver a la Flora.)

MATÍAS ¡Algodones! (Tira el que tenía la Flora puesto en la cara, y la deja descubierta a la vista de Quintanilla.)

QUINT. ¡¡La Canela!!... ¡¡Mi mujer!! ¡¡La Canela...!! (Flora hace un movimiento, volviendo en sí, mientras dicen varios: «Ya vuelve.» «Ya vuelve.» Quintanilla, al vea que Flora se mueve, azoradísimo, coge la gorra del guardia, se la pone, busca la salida como un loco,

y al ver a Molinero que está mirando al grupo, abre y sale corriendo a la calle. Consuelo, que quiere aprovecharse también para salir, tropieza con Quintanilla, que al encontronazo la derriba el frasco con la medicina, que sale rodando por el suelo a primer término.)

CONS. (Mirando al frasco y con las manos a la cabeza.) ¡¡El herpético!! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una salita en una casa antigua de Madrid, en la cual tiene su academia el maestro Maroto. Al foro, una puerta y otra a la derecha. Mesita de escritorio, barata, con recado de escribir, algún diario, un paquete y una guía de ferrocarriles.

A la izquierda una puerta, y en el entrepaño un sofá con dos butaquitas.

Al foro derecha una mesa, y sobre ella papeles de música, una botella con agua y un vaso y una bomba explosiva con mecha. En el rincón del foro izquierda, y apoyada en la pared, una máquina fotográfica de fuelles, montada en su trípode y con su paño de enfocar, visible desde el público.

En las paredes, postales y fotografías de cupletistas.

Colgados en la pared, sobre el sofá, una guitarra y unas castañuelas.

Sillas convenientemente repartidas.

En el techo, aparato sencillo de luz. Es de día.

(Al levantarse el telón, MAROTO, a la voz, ensaya un cuplé a la ANGOSTITA. CONCHITA y CASTA platican en el sofá, comentando lo que dice un diario que tienen en la mano.)

ANG. (Con muy mala voz.) ... y si mi novio me deja, yo tengo que verme en fin.

MAR. En film, mujer, en film.

ANG. ¿Cómo?

MAR. (Desesperado.) ¡En film, en film, i ele eme!

ANG. Ay, yo creí que era en fin; pero... en fin, como usted diga.

MAR. (Levantándose.) Bueno, chica, dilo como quieras.

CONCH. (Hablando con la otra.) Ninguna de las tres vale dos reales.

CASTA No digas, mujer, que la Sierra...

CONCH. La Sierra es muy fría y la Capilla muy triste. Pues y la Federica, esa vale lo que la hace valer el marquesito, que se gasta con ella las lindas perras; así la trata la prensa como la trata; gracias al marquesito.

CASTA Pues no digas, porque *El Sol* la puso tibia el día del debut.

CONCH. Pero en cambio, te acordarás que *El Día* estaba muy bueno. Y verás cómo esa llegará y acabaremos por verla con coche y con lacayos a la Federica.

CASTA Pues hija, por mí... Oye, y a la Trini, ¿la conoces tú?

CONCH. ¿Qué Trini?

CASTA Esa nueva que va a traer hoy el maestro. Que dice que en cuanto que debute le va a quitar los moños a la Argentinita y a la Pastora.

CONCH. No la conozco.

MAR. Pues ya veréis cosa fina.

CONCH. Pero es que para quitárles los moños a esas endiosadas, no hace falta tanto.

MAR. Ah, ¿pero a ti no te gusta la Argentinita?

CONCH. No, ni la Pastora tampoco. ¡Tanto hablar..!. ¡Quítale a la Pastora los ojos y a ver qué la queda!

MAR. Pues el atrio de una iglesia y la caridad de las buenas almas.

CONCH. Ni más ni menos. Y la Argentinita, otra que tal baila. Y una tranquila, que no sé como consiente que digan de ella lo que dicen en letras de molde.

MAR. ¿Qué dicen?

CONCH. Mírelo usté. (Enseñándole un diario.) Aquí está bien claro. (Leyendo) «Eslava, a las seis y media: Rosina es frágil. ¡Y la Argentinita! Conque ya ves. ¡Que es frágil!

CASTA ¡Anda! Ya le han traído a Quintanilla la máquina de retratar.

ANG. Pues es verdad.

CONCH. Y el magnesio, ¿se lo has traído tú?

MAR. Sí, aquí lo tiene encima de la mesa. (Enseñándolas el paquete y dejándolo en su sitio después.)

CONCH. Entonces, en cuanto que traigan los trajes para el dueto, que os retrate.

ANG. ¡Sí, sí, que nos retrate!

CASTA ¡Qué hombre, de todo entiende, hasta de retratar!

MAR. Como que ha sido retocador en Buenos Aires.

ANG. ¿Y qué es eso?

CONCH. Pues esos que retocan a las señoras cuando se retratan.

ANG. ¡Ah, ya!

MAR. Y el dueto de «Apaches dinamiteros», ¿ya no lo ensayais?

CASTA Si está sabido.

MAR. De música, sí. Pero las figuras no las moveis bien.

ANG. Si no están los trajes.

CONCH. No importa, pasarlo otra vez.

MAR. ¿A ver? (Casta y Angostita, tarareando, marcan unos pasos de baile.) No le das aire a esa figura, ¿verdad, Concha?

CONCH. No.

MAR. (Enseñando la postura.) Mira: Tú aireas bien el brazo antes de tirar el petardo. Así... (Lo marca tarareando al mismo tiempo.) Y luego, haces el fiuflán. (Va a la mesa, coge la bomba y se la da.) Toma, hazlo con la bomba en la mano.

CONCH. ¡Sí, sí! Que tengo curiosidad de ver cómo se rompe y salen los confetis.

CASTA (Tararea y marca el baile.) ¿Así?... (Marcan el baile las chicas.)

(Entran por el foro QUINTANILLA y JOVITA. Al verlos, se detiene Casta y deja la bomba sobre la mesa, oculta a la vista del público.)

CASTA Bueno, luego seguiremos.

QUINT. Pasa por aquí, monada.

CONCH. Es Quintanilla.

QUINT. (Entrando con Jovita, que viene de verde y hecha un birria.) Muy buenas tardes.

JOV. Servidora de ustedes. (Las chicas se ríen disimuladamente al verla.)

MAR. Pero, hombre, Quintanilla, ¿qué loro verde es este que traes?

QUINT. Una artistasa, no más. La Jovita, esa chica de que te hablé el otro día.

MAR. Tú, por ganarte la comisión, no reparas.

QUINT. Os la voy a presentar: Aquí, Jovita... ¿Qué?

JOV. ¡Ah!... Lapuerta del Castillo del Campo.

QUINT. ¡Eso es! Pues aquí tenéis a Jovita a la puerta del castillo del campo, que viene a debutar, y que en cuanto debute, va a haser más ruido que una motosicleta.

CONCH. (Conteniendo la risa.) Mucho gusto.

ANG. (Idem.) Para servirla.
CASTA (Idem.) Mucho gusto.
JOV. Servidora.
QUINT. Viene de Guadalajara, y va a quitar muchos moños, ¿no?
CONCH. Yo tengo idea de haberla visto en alguna parte.
JOV. Puede ser...
CONCH. ¿No ha estado usted de maniquí en casa de Paquín?
JOV. (Convencida.) No, señora.
QUINT. No, esta estaba en una fábrica de bizcochos borrachos.
JOV. No, tampoco. Estaba en casa de un dentista.
CONCH. ¡Ah! Usted dispense.
JOV. De nada.
QUINT. Pues quiere debutar de maquietista.
MAR. ¿Y viene usted a ensayar?
JOV. Sí, señor.
CONCH. ¿Para cuplés o para baile?
JOV. Para *masquietita.* (Las otras se ríen.)
QUINT. ¿Y la han probado ya la voz?
JOV. Sí, señor.
MAR. ¿Quién?
JOV. El señor.
QUINT. ¿Yo?
JOV. No, señor! El señor, mi amo.
CONCH. ¿Pues no es dentista?
JOV. Sí, pero está acostumbrado a oir muchas voces. (Vuelven a reirse.)
MAR. Dé usted el la.
JOV. ¿El qué?
MAR. El lá.
JOV. ¡Ah! ¡La... la... la...!
MAR. Ahora una escalita.
JOV. (Berreando.) ¡A .. a... a... a...!
QUINT. (A las chicas.) Bueno, tiene una voz de becerro mate, que cosquillea el tímpano.
MAR. Y de baile, ¿ha aprendido usted algo?
JOV. *Fostrotres* y fados.
MAR. ¿Sola o con maestro?
JOV. Los *fostrotres* me los ha enseñado un primo mío que está en la Jefatura de Obras públicas.
QUINT. ¿Es un sobrestante?
JOV. Es un peón, pero baila muy bien. (Risas comprimidas.)
MAR. Y los fados, ¿cómo los ha aprendido?

JOV. Los fados sola. ¡Sí!

QUINT. ¡Pues sabe solfeo!

MAR. (A las chicas.) Bueno, pues darle unos palillos ahí dentro, y a ver cómo se maneja que enseguida voy yo.

CONCH. Venga usted... maquietista. (Se van Jovita, Casta, Conchita y Angostita por derecha. A poco, se oye dentro repiquetear muy mal unas castañuelas.)

MAR. ¡Hombre, Quintanilla, no fastidies!

QUINT. Maroto, amigaso, no prejusgues. A esa paleta le pones un poco de pintura, y la Chelito. Ese manojo de perejil, con unas lecciones, acaba bailando hasta el baile de San Vito.

MAR. ¡Quintanilla, que te den un caldo! (Mutis derecha.)

QUINT. Me sientan muy mal. Como que desde el caldito de anoche en la botica, estoy que no rijo, y tengo un ruido dentro de la cabeza como si tocaran unas castañuelas. (A poco cesa dentro el repiqueteo.)

MANOLO (Por el foro.) ¡Quintanilla!

QUINT. ¡Hola, Manolo!

MAN. Hombre, m'alegro un rato largo de verle a usté. Que no l'había visto desde hace dos meses, cuando debutó usté en el metin de la Latina. Y que s'ha hecho usté un prohombre, que va usté a dejar en palotes a Besteiro y a Marcelino Domingo. (Estrechándole la mano.)

QUINT. (Con afectación.) Hoy, no, amigaso. Todavía no. Pero mañana... no le digo. Hoy todavía está Quintanilla por debajo de Besteiro, pero mañana será Besteiro el que consulte a Quintanilla... y pasado mañana será Domingo.

MAN. Mi más cordial y entusiástica. ¿Está la Concha?

QUINT. (Llamando a la derecha.) ¡Conchita! Está aquí Manolo. Ya viene. Con permiso, voy a seguir copiando un poco de música, que mire usted lo que me falta.

MAN. ¿Qué es eso?

QUINT. Todo eso es música. (Se pone a copiar.)

(Sale CONCHITA.)

MAN. ¡Hola, niña!

CONCH. ¿Cómo no fuistes anoche, so charrán?

MAN. Por no salirme de mi centro. Estuve hasta las tres en el Mallorquín.

CONCH. Pues la Udosia me dijo que cuando esperaba un Hortaleza en las paralelas, te vió pasar.

MAN. Pues la Udosia se tiró una plancha en las paralelas, porque no pasé.

CONCH. ¿Y qué te trae por la academia tan pronto?

MAN. El verte, monina.

CONCH. Caray lo que siento que te hayas molestado, porque hasta mañana que cobre la decena no te puedo dar ni esto.

MAN. Cocha, supiteces, no. Tú podrás ser una hipotenusa del arte, no digo que no, pero por muy Conchita Delmar que ahora seas, tú eres pa mí la Concha, y nada más. ¿Sabes, monina? Y a mí, supiteces, no, porque ya sé que al salir anoche de la función, el marquesito de Tejas Mojadas te ha obsequiado con un veragua.

CONCH. Manolo, eso es mentira.

MAN. ¡Con un veragua! Y yo necesito ahora mismo doscientas beatas, porque anoche di un boquillazo en el Mallorquín, y comprenderás que Manolo Perales no puede negar una deuda de honor.

CONCH. Eso no es verdad.

MAN. (Jurando con los dedos.) Eso lo suscriben los cuatro evangelistas a ruego. Me las jugué a dos colores, y me salieron contras. Conque ahora no es cosa que me salgan los colores, cuando ya no hacen falta, teniendo tú para que yo me cubra.

CONCH. (Resignada, abriendo el portamonedas y buscando dinero.) Pues cúbrete. (Al darle Concha el dinero, Manolo se cubre para dejarse las manos libres y poder tomarlo.)

MAN. Gracias. Ya sabía yo que no me dejarías mal.

CONCH. Pero ahora mismo no tengo más que cien pesetas. Tómalas.

MAN. (Tomándolas y amagando a Concha). ¡Mira, Concha...!

QUINT. (Los hay frescos.)

CONCH. No seas pelmazo, Manolo, que luego te daré las otras ciento.

MAN. ¿Es de veras?

CONCH. De veras. Pásate luego por aquí y te las llevas, que yo se las pediré al maestro o a la Casta.

MAN. Entonces, ahí te quedas.
QUINT. ¿Ya se va?
MAN. Sí, pero vuelvo.
QUINT. Pues hasta luego, amigaso.
MAN. Con Dios. (A Conchita.) ¡Que no me faltes!
CONCH. Descuida.
MAN. (Desde el foro.) ¡Que no me faltes! (Se va.)
CONCH. Descuida. ¡Que hombre, pide más que un niño de pecho!

(Entran MAROTO y TRINI por el foro.)

MAR. Chicas, aquí tenéis a la Trini, la nueva compañera que os he hablao.

(Salen CASTA y ANGOSTITA por la derecha.)

TRINI Servidora de ustedes. (Las saluda una por una.)
MAR. Aquí, mi amigo Degracias Quintanilla.
TRINI Mucho gusto.
QUINT. El gusto es mío. ¡Es muy linda, no más!
TRINI Gracias por el piropo.
QUINT. No es piropo. Se lo digo en serio. Como se lo podía desir a usted su padre. ¡Muy linda!
CASTA (A Conchita.) No es mala figura.
CONCH. (Despectiva.) ¡Arreglándola un poco...!
ANG. Eso sí es verdad.
MAR. Bueno, chica, pues si quieres, podemos ensayar. Decídete. ¿Con cuáles cuplés quieres debutar?
TRINI Yo, con ninguno, mi querido maestro. Ya sabe usted que si yo debuto es porque mi madre me obliga. Sin ilusión ninguna.
MAR. ¡Pero chica...!
TRINI Porque yo no tengo más ilusión, que la que usted sabe. Casarme con mi Rafael. De modo, que como usted quiera. Con el que usted quiera. Escoja usted, señor Maroto.

(Dándole un rollo de papeles de música.)

MAR. ¡Vamos, niña, no seas cursi!
CASTA Y es simpática.
CONCH. ¡Phsé...!
ANG. Eso sí es verdad.
CONCH. ¡Ah!, oye, Casta. Con permiso. Si tienes ahí veinte duros, déjamelos.
CASTA (Sacando del pecho un portamonedas y un billete.) Toma.
TRINI ¿Que yo no tengo ilusiones? ¡Pues ya lo creo! ¡Las mías! ¡Si yo soy más alegre que un Domingo de Ramos... ja, ja, ja!
QUINT. Ya se ve, amigasa. Usted entra en un con-

vento de cartujos y se baila una machicha con el padre prior.

TRINI ¡Ja, ja, ja...!

MAR. Pues, ¡hala! Trini. Vamos a ensayar el cuplé de las campanillas.

TRINI ¡Andando! ¿Quieren ustedes venir?

CASTA ¡Pues ya lo creo!

ANG. Sí, señora.

QUINT. Vamos allá.

(Cuando van a salir entran por el foro SOTERO y MOLINERO.)

SOT. Buás tardes.

MOL. ¡A la pa e Dió!

MAR. Muy buenas.

MOL. Po aquí veníamo a hablá doz palabra con don Quintanilla, zi é que pué zé.

QUIN. ¡Cómo no? Con mucho gusto. Sentarse, no más. Y ustedes, váyanse a ensayar. Ya yo iré allá en cuanto acabe con estos.

TRINI Bueno, pues ahí le esperamos.

CASTA No tarde.

(Se van por la derecha Trini, Casta, Angostita y Maroto. A poco se oye repiqueteo de castañuelas y cantar al piano, muy suavemente.)

QUIN. Descuida.

CONCH. (A Quintanilla.) Con permiso de los señores. Mira, Quintanilla, vas a hacerme un favor.

QUIN. Dispones de mí hasta la muerte.

CONCH. No es nada. Que luego vendrá Manolo preguntando por mí. Le dices que he tenido que salir y le das estos veinte duros. (Se los da.)

QUIN. Serás servida.

CONCH. Gracias, adiós. (Se va por el foro.)

SOT. }
MOL. } Buenas.

QUIN. Conque sentarse, amigasos. ¿Qué me queréis?

MOL. Poz lo primero, zabé zi ya ha penzao ozté argo...

QUIN. ¿Algo de qué?

MOL. Home, ¿de c'ha de zé? (Bajo, acción de extrangular.) De lo e Zezar Moneero.

QUIN. ¡Ah, ya!... ¿De Sesar?... Nada.

MOL. Ez claro. Entadía tié ozté tiempo. Hay tré díaz de plazo...

QUIN. ¡Claro! ¡Hay tres días! Y en tres días... (Estoy yo en Cádis, camino de la Pampa). Bueno, eso era lo primero. ¿Y lo segundo?

MOL. Poz lo zegundo, traele a ozté unaz pezetaz que er comité ha dao pa ozté.

QUIN. (Pues eso era lo primero.) Vengan, porque me pueden haser mucha falta.

SOT. ¡Ya lo creo!

MOL. ¡Digo, quién zabe, a lo mejó como tié ozté que ezcapá...!

QUIN. ¡A uña de caballo! Ya veis, en cuanto que... (Acción de extrangular.) Pues vengan, vengan las pesetas, porque acaso esta misme noche...

MOL. ¡Caray! ¡Qué home ez ozté, don Quintanilla!

SOT. ¡Mucho hombre, sí, señor!

QUIN. Bueno, ¿pero me dais ya esa plata?

MOL. Allá va. (Sacando unos billetes de una cartera con mucha cinta.)

QUIN. ¿Le dura mucho la cuerda? Grasias. (Cuenta el dinero y se lo guarda.)

MOL. Y ahora que nos concea ozté un favó.

QUIN. ¿Queréis el alboroque?

MOL. ¿Alboroque nozotro? ¡Quité ozté allá!

SOT. No, señor.

MOL. De un home tan home como ozté, nozotro no queremo ni tanto azín, don Quintanilla. Ar contrario, lo que queremo e conviarle a ozté ezta noche a una juergrezita e dezpedía.

QUIN. ¡Hombre, de despedida!...

MOL. ¡Quién zabe lo que pué pazá! Un home comprometío en un azunto tan zerio como eze. . pué... no ze zabe. No tié zuyo ná der zombrero pa abajo.

SOT. Es verdá.

MOL. ¡Claro! Y por ezo nozotro queríamo correno con ozté eza juerga de dezpedía y tené eze honó.

QUIN. (Yo esta noche estoy en el tren camino de Cádis, de modo...)

MOL. ¿Qué dize ozté?

QUIN. Que asepto, hombre, y muy honrado.

MOL. Pa honraoz nozotro. Pue entonze ezta noche, a laz nueve y media, le ezperamo yo y ezte en Zan Millán, en er turno e Paco. ¿Convenío?

QUIN. Convenido. A las nueve y media me tenéis allá... (Allá por Castillejo.)

MOL. D'aquí a luego.

SOT. Hasta después.

QUIN. Esperarme sentados... en el turno de Paco.

MOL. Allí ezperamo hazta q'ozté vaya.

(Se van Sotero y Molinero por el foro.)

QUIN. ¡Tenéis para un rato! Con las dos mil pesetas de éstos, con los veinte pesos de la Concha y estos tres pesos que me quedan en el bolsillo, pongo agua por medio. Y ahora a preparar el equipaje.

(Mutis por la izquierda. Entran por el foro MANOLO y DIOCLECIANO.)

MAN. Pase usted, señor Diocleciano, que debe de estar en casa.

DIOC. M'alegraré, porque tengo unas ganas locas de echarme a la cara a ese fresco...

MAN. ¿Quién, ese? Ese le sopla a un castaño de Indias y le salen *marrons glases*. Pero, ¿a usté qué le ha hecho?

DIOC. Pues casi ná. Verá usté, porque la cosa es melodramática. Yo ya sabe usté que poseo un merendero en el alto de Maudes.

MAN. Le conozco. Y con muy buena parroquia.

DIOC. No le diré a usté que pa hacerle un parangón al Hotel *Rif*, eso no; pero que daba lo suyo, eso sí. Bueno, pues el deciseis del pasao, miento, el decisiete, eso es, el decisiete, serían como las cuatro de la tarde, pues va por allá el Quintanilla ese, como otras veces, a pegar la gorra, y va y me dice: Hombre, señor Diocleciano, usté es un primo, usté tié ahí detras del merendero ese terreno que es de secano, y yo se lo hago a usté de regadío y ahí siembra usté y recoge hortalizas pa el gasto del merendero y le sobran.

MAN. Es claro, con un motor y gastando en flúido...

DIOC. Eso mesmo le dije yo. Pero va y me dice: ¡Quia, hombre, sin gastar flúido!

MAN. ¡Gachó!

DIOC. Conque yo le dije, digo: eso no pué ser. Pues sí que pué ser. El agua sube a ese terreno por el prencipio de *Aquímedes*, no se me olvida, *Aquímedes*, y por la ley de inquilinato. ¡Como es un hombre tan leído!... Total, que el asunto era poner en el merendero una puerta de esas giratorias acoplá en una bomba, y el mismo público, al entrar, hacía girar la puerta y subía el agua.

MAN. ¿Y sube de verdá?

DIOC. Lo que sube es la instalación más de seiscientas pesetas, pero de agua... ¡ni agua!

MAN. ¡Vaya un vivales!

DIOC. Y lo peor, es que antes tenía una buena parroquia, como usté sabe, pero ahora no entran en el merendero ni a pedir limosna, porque como tién que sudar pez pa mover la puertecita...

MAN. ¿Y qué va usté a hacer?

DIOC. Pues exigirle a ese tío que me indenice los daños, sea como sea, pero sin azmitirle que me embobe con sus discursos, como otras veces. ¡Lo que es ahora me indemniza! Vengo decidío.

MAN. Pues espere usté, que voy a buscarle.

DIOC. Aquí espero. (*Mutis Manolo por el foro.*) Yo las seiscientas pesetas se las saco. Como hoy me salga con el prencipio de Aquímedes, se lo come.

QUIN. (*Sale apresuradamente por la derecha, con una maleta, que esconde al ver a Diocleciano.*) ¡Caray, Diocleciano, amigaso! Me alegro encontrarle.

DIOC. ¡Pues y yo!... ¡No puede usté darse una idea, porque llevo tres días detrás de usté sin encontrarle por ningún lao! Y que lo estoy deseando, porque la instalación no anda.

QUIN. ¡Anda, anda!

DIOC. ¡Que no anda!

QUIN. Si eso le digo, ché, que ya sé que no anda, y mañana mismo pensaba yo subir a Maudes a desírselo a usté.

DIOC. Pues pa eso, no tenía usté que molestarse. Lo que hay es que no estoy dispuesto a perder las seiscientas del ala que tengo gastadas pa que eso no ande.

QUIN. Naturalmente. Por eso le digo que mañana voy yo por allá y le dejo eso arreglado del todo, en poniéndole un pequeño detalle, que es lo que le falta.

DIOC. ¿No será el prencipio de Aquímedes?

QUIN. ¡Qué va! No es más que un engranaje helisoidal que he mandado haser por veinte y sinco pesetas, y que mañana mismo le queda a usted colocado. Eso va a marchar mejor que un Longines.

DIOC. ¿Y usté cree que con el engranage clerical ese, va a subir el agua?

QUINT. Usté déjeme a mi y tenga confiansa, que

de aquí a mañana, no hay tanto tiempo. Y si mañana no sube el agua, yo le abono a usted todo el gasto, más las veintisinco pesetas que me va a usté a dar para sacar mañana el engranage de la fundisión.

DIOC. Yo no le doy a usté, ni una gorda más.

QUINT. ¡Pero no sea sonso. ¿Yo no le doy la garantía para mañana mismo? ¿Lo va a dejar perder todo por esos sinco pesos?

DIOC. Bueno, pero de mañana no pasa. Si al mediodía no ha ido usté, por la tarde lo encuentro aunque se esconda por debajo del metropolitano.

QUINT. Usté me da ahora los sinco pesos y mañana por la mañana saco el helisoidal del taller, se lo instalo, y por la tarde se pasea usté en barca por el arenal de Maudes.

DIOC. (Dándole el billete.) Después de esto, ni gorda.

QUINT. Vaya usté tranquilo. Si mañana al mediodía no estoy en Maudes, puede usted desir que me he ido al otro mundo.

DIOC. Pues hasta mañana.

QUINT. Adiós, amigaso.

MAN. (Entrando por el foro.) Con Dios, señor Diocleciano.

DIOC. Adiós, Manolo.

MAN. ¿Se han arreglado ustedes?

QUINT. (Empujando a Diocleciano.) ¡Pues es claro!

DIOC. Sí... vamos .. ¡Con Dios!

(Mutis Diocleciano por el foro, empujado por Quintanilla, que vuelve en seguida.)

MAN. (A ver si me da este las cien del ala, y me largo, que se hace tarde.)

QUINT. (Yo no le doy a este los veinte pesos en vísperas de viaje.)

MAN. Dispénseme el amigo si le molesto, pero mi conferencia, ha de ser breve.

QUINT. Usted no molesta, amigo Manolo. Lo que hay, es que me coge con una caquexia, que descerebra.

MAN. Sólo vengo a recoger un encarguito, que le habrá dejado a usté la Concha para un servidor.

QUINT. ¿A mí? ¡A mí no me ha dejado nada!

MAN. (Blandiendo el garrote.) Recuerde usté bien.

QUINT. ¿Un encarguito? Le advierto, amigaso, que tengo la cabesa que no me acuerdo ni de mi nombre.

MAN. (Amenazando.) ¡Pues se va usté a acordar del mío!

QUINT. ¡Manolo!

MAN. Me acabo de encontrar a la Concha y me costa que le ha dejado a usté un encarguito para mí.

QUINT. ¿A mí?

MAN. ¡Hemos acabao! (Le echa la mano al cuello y le saca la cartera del bolsillo.)

QUINT. ¡Manolo, amigaso! (Manolo examina la cartera.)

MAN. (Con sorna.) ¡Cabal! ¿Lo está usté viendo? Las dos mil ciento veinticinco pesetas que ella me había anunciao. (Se guarda la cartera con los billetes.)

QUINT. ¡Que la Concha me ha dado siento, no más!

MAN. Usté tiene la cabeza, que no recuerda ni su nombre. La cacasia, le tié a usté trastornao. Eran dos mil ciento veinticinco. ¡A mí, rentois, no!

QUINT. ¡Pero Manolo, amigaso, que me deja usté limpio, que me deja sin un peso!

MAN. ¡Hombre, yo es porque vaya usté más ligero! Pero, en fin, para que no diga usté que abuso, le voy a dar dos duros. (Hace ademán de sacarlos del bolsillo, y de pronto le larga dos bastonazos.)

QUINT. (Conteniéndole.) ¡Por su amantísima madre, Manolo!

MAN. Con Manolo Perales, supiteces, no. ¡Chist! (Se va hacia el foro, imponiendo silencio a Quintanilla y amenazándole con el palo.) Le impongo a usté silencio, con el índice. Y le sacudo con el gordo. ¡De verano! (Mutis por el foro.)

QUINT. (Golpeándose.) ¿Y adónde voy yo ahora? ¡Qué grande es todo lo que a mí me pasa, ché! ¿Cómo me marcho yo esta noche? No me queda otro recurso, que marcharme al café de San Millán, y ver si les saco algo al Molinero y su adlátere. (Mutis por la izquierda.)

(Entra MAROTO por la derecha, llevando al brazo dos trajes, de apache, de uno y otro sexo.)

MAR. Chicas, ya están aquí los trajes.

(Salen con algazara, CASTA, ANGOSTITA y TRINI, por la derecha.)

CASTA ¡A ver, a ver! (Extendiendo uno.)

ANG. ¡Chica, qué precioso! ¿A ver el mío?

CASTA (Extendiendo el otro.) ¡Mira!

ANG. Sí que está bien.

TRINI ¡Qué bonito!
MAR. Ya podéis anunciar mañana el baile nuevo.
CASTA Falta que nos estén bien.
ANG. Pues vamos a probarlos.
CASTA ¡Eso! Y que nos haga el grupo Quintanilla, con ellos puestos. ¡Quintanilla!
ANG. ¡Quintanilla!
MAR. (A la puerta de la izquierda.) Estas, que quieren que las retrates.
QUINT. (Dentro.) No estoy ahora para retratos, ché!
CASTA ¿Por qué? ¿No tienes ahí la máquina?
QUINT. (Saliendo.) Sí.
TRINI Pues retrátalas.
CASTA ¿Y el magnesio?
QUINT. También.
ANG. Pues anda, hombre, mientras que nos vestimos lo preparas.
QUINT. Lo que querais. (A estas, les saco algo por el retrato. (Cogiendo el paño y el chasis de encima de la máquina.) Voy a cargar el chasis. ¿Y apurarse, no, que tengo una sita. (Mutis por la izquierda, con el paño y el chasis.)
CASTA En dos minutos.
ANG. Venga usté, maestro, para dirigirnos.
MAR. Vamos. (Medio mutis los cuatro, por la derecha.)
RAF. (Por el foro a todos.) Buenas tardes. (A Trini.) ¡Trini!
TRINI ¡Rafael! ¿Tú por aquí?
CASTA, ANG. Muy buenas.
MAR. ¡Hola, Rafael!
RAF. Vengo a buscar a esta.
CASTA Vamos a retratarnos.
RAF. No, se marcha conmigo.
MAR. ¿Y no ensayas?
TRINI Hoy no.
RAF. Ni hoy, ni nunca.
CASTA (A Maroto.) ¿Pero ha visto usté?
MAR. Me estoy temiendo que a la Trini la estropea su novio la carrera.
ANG. ¡Qué lastima!
CASTA Nosotras, a lo nuestro. A vestirnos, para que nos retrate Quintanilla.

(Mutis Maroto, Casta y Angostita por la derecha.)

RAF. ¡Vengo loco de contento!
TRINI ¿Pues qué pasa?
RAF. ¡Que nos casamos!
TRINI ¡Rafael! ¿Te has vuelto loco?

RAF. ¡De alegría! He convencido a mi padre, y al fin consiente en nuestra boda.

TRINI ¿Qué consiente?

RAF. Sí. Y hemos preparado una combina, para que tu madre tenga que consentir también.

TRINI ¡Parece imposible!

RAF. Vas a verlo y a hablar con ella ahora mismo, para que te convenzas de que nos casamos, no sólo con la aquiescencia de tu madre, sino con la de tu padre también.

TRINI ¡Rafael!... ¡Mi padre!... ¡Déjale a mi padre, que Dios sabe donde estará!...

RAF. Aquí. Y lo vas a ver muy pronto.

TRINI ¿Qué estás diciendo...? ¡No bromees...!

RAF. Hablo en serio. Vas a ver a tu padre muy pronto, y va a consentir en nuestra boda, y... Pero vamos a tu casa para que lo sepas por boca de tu propia madre y no dudes. ¡Anda, vamos!

TRINI ¡Vamos! (Mutis los dos por el foro.)

(Sale QUINTANILLA por la izquierda, con el paño en la mano y el chasis.)

QUINT. Vamos a haser el grupo a las niñas. (Coloca la máquina para enfocar.) ¡Chicas, darse prisa! (Al irse a cubrir la cara con el paño, entra LESACA por el foro, a tiempo de reconocer a Quintanilla y hace ademanes como si dijera: «le cogí». Quintanilla se echa el paño encima, como para enfocar. Entonces, Lesaca, se acerca con cautela y se pone a mirar por el objetivo. Debajo del paño.) ¡Esto está tapado! (Alarga la mano para quitar el tapón del objetivo y tropieza con la cara de Lesaca.) ¡Vamos, rica! (Dándole palmaditas en la cara.) Ves a vestirte, que tengo prisa. (Lesaca se separa hasta ponerse en el foco. Quintanilla le reconoce en el cristal esmerilado.) ¿Estoy soñando? (Levanta la cabeza y mira por encima de la cámara con el trapo puesto como un manto.) ¡¡¡El de Torre del Mar!!!

LES. ¡De cuerpo entero, amigo Ladislao! ¿Hoy ya me conose?

QUINT. ¡Qué sorpresa, amigo Lesaca! Pues ya lo creo. Vengan esos brazos, no más. (Le abraza efusivo, sin que él pueda impedirlo.) ¡Siéntese! (Dejando el paño sobre la máquina.)

LES. (Escamado.) No, grasias.

QUINT. Siéntese, hombre. ¿Cré que me sorprende? ¡Qué pavada! ¡Si le estaba esperando!, ¿no?

LES. (Desconcertado.) ¡Hombre, no sé...!

QUINT. Le estaba esperando desde que tuve el gusso de verlo ayer en la botica.

LES. ¡Pero si no me reconosió usté!

QUINT. Hombre, por Dios. Yo le creía a usté más discreto, ¡caray! Me estaba usté comprometiendo en la misma casa del boticario, mi futuro cuñado.

LES. ¿Y a mí...?

QUINT. ¡Pues a usté mucho! Porque si me caso con la hermana del boticario, que es inmensamente rica, me redondeo para toda la vida y me sobra para echarle a usté esa porquería de piltrafa que viene a pedirme.

LES. ¡Haberlo dicho!

QUINT. Pero si no pude porque se desmayó usté de pronto sin saber por qué.

LES. ¡Caray, porque usté me largó un bebediso!...

QUINT. Le puse unas gotas de licor del Polo.

LES. ¿Del Polo?

QUINT. No discutamos.

LES. No, si yo no vengo a discutir. Vengo a que liquidemos cuentas. Y hasta que las liquidemos, ni yo me voy de aquí, ni usté tampoco. (Se quita el sombrero y la capa y los coloca en un sitio visible.)

QUINT. (¿A que me estropea éste la sita de San Millán?)

LES. ¡Hasta que me pague la úrtima perriya!

QUINT. Le he dicho a usté que me caso con una tía muy rica...

LES. ¿Y usté se piensa que yo voy a esperá a la boa pa cobrá lo mío?

QUINT. No, señor, pero va usté a venir conmigo a la botica para convenserse...

LES. A mí no me da usté otro bebediso.

QUINT. Voy a vestirme y nos vamos juntos. (Intenta irse por la izquierda. Lesaca le sujeta.)

LES. Usté no sale de aquí vivo.

QUINT. (¡Caray!) Corriente. (Muy digno.) Al buen pagador, no le duelen prendas. Déjeme, no más, acabar este grupo fotográfico, y en seguida estoy a sus órdenes.

LES. Bueno, mientras que no se vaya, acabe usté lo que quiera. Yo de aquí no me muevo.

QUINT. (Mientras vuelve a preparar la máquina.) Está visto que éste no me suelta. (Mientras trabaja.) En cuanto que acabe esto, va usté a saber como cumple Ladislao Olmedo sus compromisos.

LES. Mientras que no lo vea, no lo creo.

QUINT. Eso me ofende.

LES. ¡Bueno!

QUINT. Cosa bárbara, ché; no doy con el foco.

LES. ¿Va a durá eso mucho?

QUINT. ¿Quiere haseme el favor, no más, de ponerse un momento para buscar el foco?

LES. Bueno. ¿En dónde?

QUINT. Aquí. (Colocándole delante del foco.)

LES. Corriente, a ver si acabamo pronto.

QUINT. (Mirando bajo el paño.) ¡Un poco más acá! No tanto. Otro poquito.

LES. ¿Qué bailesito es éste...?

QUINT. ¡Che, que no lo encuentro! Déjeme a mí. (Se coloca donde está Lesaca.) Yo elegiré el sitio. Enfóqueme a mí.

LES. ¿Yo? Le advierto que yo no entiendo de esto.

QUINT. Que usté me vea, no más, en el sentro del cristal este.

LES. ¡Ah, ya! (Lesaca mira, echándose el paño por encima.) ¡Ja, ja! ¡Mi amigo, le estoy viendo a usté de cabesa!

QUINT. (¡Eso es lo que tú quisieras!) Es que ahí todo sale al revés.

LES. ¡Ah! ¡Ya!

QUINT. ¿Estoy en el sentro?

LES. Póngase más para acá. (Señalando a su derecha. Quintanilla se mueve donde le indica.) ¡No, si es al revés, para el otro lao! (Quintanilla se va de puntillas, coge el sombrero y la capa de Lesaca y hace mutis por el foro.) ¡Que s'ha marchao usté der tóo por ese lao! (Entran CASTA y ANGOSTITA por la derecha, en trajes de apaches (hombre y mujer). Ven a Lesaca y tomándole por Quintanilla, van a embromarle.) ¡Güerva usté, home, güerva usté!...

CASTA (Bajo.) ¡Mírale!

ANG. Está enfocando. (Se echan sobre Lesaca y le sujetan el paño a la cabeza.)

CASTA, ANG. (Como si jugaran a la gallinita ciega.) ¡Cú, cú! (Le pellizcan.)

LES. Vamos, Ladislao. ¡A ver si nos estamos quietos!

ANG. (Soltándole.) ¡Ay!

CASTA Si no es Quintanilla. (Le sueltan asustadas.)

LES. (Con gran trabajo, se desenvuelve el paño de la cabeza, mientras dice:) ¿Es que toavía se va usté a pitorrear conmigo? (Se descubre.)

ANG. ¡Maestro!

CASTA ¿Quién es éste?

LES. ¿Quién son estas máscaras? ¿Y Ladislao?

CASTA ¿Qué Ladislao?

LES. (Buscando desaforado.) ¡Olmedo! ¿Ande está?

MAR. (Por la izquierda.) ¿Usted a quién busca?

LES. ¡Déjeme en pas!

ANG. Este está loco.

CASTA (Yendo a la izquierda.) ¡Quintanilla!

LES. ¿Dónde está ese sinvergüensa?

MAR. (Contestando a Casta.) ¡Si se ha marchado!

LES. ¿Que se ha marchado? ¿Y mi capa y mi sombrero? (Todos lo buscan.) ¡¡Maldita sea!!... (Sale escapado por el foro tras Quintanilla. Telón rapidísimo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

—

(Al levantarse el telón está QUINTANILLA dormido en el sofá, tapado con una colcha y con movimientos que denotan un sueño agitado. Pausa.)

QUINT. (Soñando.) ¡Lo he matado... ¡Está muerto...! ¡No respira ya por ninguna parte...! ¡Has sido tú, Flora...! ¡Suelta, suéltame esa mano...! ¡Le partí el corazón, ché...!

CONCHITA (Por el foro. Viene cantando.)

«Oye, Nicanora,
tienes cosas que parecen de señora...»

(Mientras canta, se quita la piel y la echa distraídamente sobre Quintanilla.)

QUINT. (Soñando.) ¡Tengo calentura...! ¡Me abrasa la piel...! ¡Aire! ¡Uuum...!

CONCH. ¡Ay, qué miedo!

QUINT. ¡Aire!

CONCH. ¡Socorro, maestro, Casta...!

(Sale CASTA y después MAROTO por la derecha.)

CASTA ¿Qué es eso?

CONCH. No sé. Mi renard, que se queja y anda solo.

QUINT. ¡Ay!

CASTA Mujer, si es Quintanilla, que le has echado la piel encima.

CONCH. (Llamándole.) ¡Quintanilla!

CASTA ¡Quintanilla!

QUINT. (Soñando.) ¡No he sido yo!

CONCH. Está soñando.

QUINT. ¡Vete, Flora...! ¡Déjame! ¡Quítate, Canela...!

CASTA (Inclinada sobre Quintanilla.) Si soy Casta.

QUINT. ¡Tú no eres Casta, eres la Canela, ¡mi angel malo!

CASTA ¿Qué soy?

QUINT. ¡Martes!

CONCH. ¡Quintanilla, despierta!

MAR. (Entrando.) Dejadle dormir, chicas.

CASTA Que se levante, que ya es hora.

MAR. Dejadle que duerma, que al pobrecito le han depositado en ese sofá a las cinco de la mañana.

CONCH. Bebido, ¿eh?

MAR. Como una cuba. Sin darse cuenta de lo que le pasaba. Le han traído chalina del todo entre Sotero el Manco y otro aristócrata de su calaña.

CASTA Se habrán pasado la noche de copeo...

MAR. ¡Calcula tú! Dice el Sotero que corrieron todos los establecimientos de la Latina... Dejadle que duerma.

CONCH. Sí, dejarle. Pobre hombre.

(Mutis Casta, Conchita y Maroto por la derecha. Pausa. Oyese de cuando en cuando el respirar anheloso de Quintanilla, que se revuelve en el sofá. Entran por el foro LESACA y DIOCLECIANO, sin reparar en el durmiente.)

LES. Verá usté cómo no lo encontramos. Porque é que aunque esté, nos van a esí que ha salido.

DIOC. Yo por eso me he ido a la botica de Polite, por ver si le cogía allí.

LES. Mismamente lo mismo que yo. Pero ya le ha oído usté ar boticario, que ande le encontraríamo é en la academia, durmiendo la pea. ¡Yo sentiría la má no encontralo!

DIOC. ¿Pues y yo...?

LES. Y de que lo encontremo tenemo que unirno lo dó pa jasele má juersa y que no no la endiñe otra vé.

DIOC. Iremos unidos, como un solo hombre. Pero hay que tener cuidao, porque ya sabe usté lo que ha dicho el boticario.

LES. ¿Er qué?

DIOC. Que se ha hecho un anarquista de acción muy peligroso. Y el boticario no habla de memoria, que es hombre serio.

LES. ¿Osté cree que habrá peligro?

DIOC. ¡Hombre...! Yo creo que hay que tener prudencia.

LES. Bueno, tendremo cuidao. ¡Pero no tenga osté cuidao!

DIOC. ¿En qué quedamos?

LES. En que tendremos cuidao.

DIOC. Pero, ¿en esta casa no hay nadie?

LES. Como está la puerta abierta... Haga osté parma. (Dan unas palmadas.)

QUINT. (Soñando) ¡Lesacaaa...!

LES. (A Diocleciano.) ¡Qué!

DIOC. (A Lesaca.) ¡Qué!

LES. ¿No ha dicho osté Lesaca?

DIOC. ¿El qué?

LES. ¡Lesaca, mi apellido!

DIOC. ¡Ah! ¿Se llama usté Lesaca?

QUINT. ¡Uuum...!

LES. ¿Qué ha sío eso?

DIOC. Es ahí, en el sofá.

LES. Aquí hay un home dormío.

DIOC. Está tapado con una piel. (Apartándosela un poco. Los dos se inclinan sobre Quintanilla.) (Parece Quintanilla.)

LES. ¡Quítele osté la pié! (Reconociéndole, lleno de júbilo.) ¡Si é Ormedo!

DIOC. ¡Si es Quintanilla!

LES. (Volviendo a mirar a Quintanilla.) Qué me va osté a desí. ¡Si é Ormedo!

DIOC. (El mismo juego.) ¡Si es Quintanilla!

(Los dos le miran, echándose encima. Quintanilla da un respingo y se vuelve de espaldas. Al respingo se asustan los dos.)

QUINT. (Soñando.) ¡Lesaca...!

LES. ¿Lo está osté viendo? Sueña conmigo.

DIOC. Le quedrá a usté mucho.

QUINT. ¡Um...! ¡El sinvergüensa de Lesaca!

LES. ¿Qué me ha llamao?

DIOC. ¿Le llamamos?

LES. Aspérese osté. Vamo a sentarno aquí y que no encuentre ar despertá. (Se sientan en las butacas.)

DIOC. Yo lo que quiero es sacarle las seiscientas pesetas que me ha llevao.

LES. ¡Digo! Y yo las tres mil y mi capa y el otro sombrero que se llevó el muy sorro.

DIOC. ¡Azúcar! ¿Pero a usté le ha sacado tres mil pesetas? ¿En qué?

LES. En café.

DIOC. ¡Pues son cafés!

LES. No, si ha sío en plantasiones de café.

DIOC. ¡Ah, vamos! ¿Y con qué objeto?

LES. Pué ná; un enfundio. Me convensió pa que plantase matas de café, pa echalas como pienso der ganao vacuno. Porque dise que en la Pampa le dan ese pienso ar ganao y aluego, cuando ordeñan las vaca, echan café con leche.

DIOC. ¡Vaya idea!

QUINT. ¡Uum...!

(Los otros se ponen a la espectativa por si despierta.)

LES. Pué eso no e na. A uno marinero de Torre der Má, les sacó la guita con un invento pa jasé que andaran lo barco de vela, aunque no hubiera viento.

DIOC. Pues eso no estaba mal del todo.

LES. Y les instaló un ventilaor mu grandísimo dentro der barco, ¿sabe osté?, y cuando movían er ventilaor, se jinchaban las vela...

DIOC. ¿Y andaba el barco?

LES. ¡C'había de andá! Lo que pasó fué que, con er viento der ventilaor, ar sosio capitalista le dió una numonía gripal que a poco parma..

DIOC. ¡Vaya un gachó!

LES. Pué tamién s'asosió con uno en Málaga pa explotá un prosedimiento pa escribí sin nesesidá de pluma ni tintero y aluego resurtó que er sistema era escribí con lápis.

QUINT. ¡Uum...!

LES. Ya se mueve. Tóquele osté con er bastón a ver si se despierta.

(Diocleciano le da unos golpecitos con el bastón. Quintanilla despierta a medias. Medio dormido aparta con la mano el bastón y se acurruca de nuevo. Diocleciano insiste.)

QUINT. Mirar, monadas, estarse quietitas, ¿no? (Le aparta el bastón y Diocleciano insiste.) Niñas, ché, dejarme, no más, que tengo sueño. (Más golpecitos. Quintanilla se vuelve perezosamente hacia los dos.) ¿Pero qué gusto le sacáis...? (Sentándose y restregándose los ojos, como quien ve visiones.) ¡Pero qué gusto... de verles por acá, amigasos! No esperaba yo este despertar.

DIOC. Hemos venido...

LES. Hemos venío tan tempranito, pa cogerle a osté en casa.

QUINT. ¡Hombre, qué bien!

DIOC. Y porque no se nos marchara usté.

QUINT. ¡Yo qué me he de marchar...! ¡Caramba, hombre, el amigaso Lesaca! (Dándole palmaditas, con las de Caín.) ¡El amigaso Dioclesiano! (El mismo juego.)

LES. No contaría osté con nosotro.

QUINT. No. (Pausa embarazosa.) Dispénsenme, me han cogido así, dormido... (Si no, no me cogen.)

DIOC. Bueno, pues espabílese el amigo y vamos a cuentas.

QUINT. (¡Caray!) A sus órdenes, pero déjenme, no más, echarme un poco de agua por la cara, porque si no, no rijo. Con permiso. (Trata de marcharse rápidamente, pero Diocleciano le sujeta.)

LES. Osté no se separa de nosotro, hasta haber sardao su cuentesita conmigo.

DIOC. Y conmigo.

QUINT. Esas son desconfiansas, impropias de caballeros, y en esa forma, yo... me retiro. (Intenta irse y nuevamente le sujetan.)

DIOC. Usté sueña, amigo Quintanilla.

LES. (Escupiéndole la frase.) ¡Ormedo, é osté un tranquilo!

DIOC. ¡Quintanilla, usté es un fresco!

QUINT. Tengan cuidado, porque están hablando con un hombre desgrasiado, pero digno.

LES. De que lo ajorquen.

QUINT. ¡Basta ya!

DIOC. (A Lesaca.) No le excite usté mucho.

QUINT. No tolero esos menospresios. Estoy dispuesto a saldar con ustedes hasta el último sentavo.

DIOC. ¿Y cómo vá a ser eso?

QUINT. (¡Pues si yo lo supiera...!)

DIOC. ¿Cómo?

QUINT. ¡Que hasta el último sentavo!

LES. ¿Cuándo?

QUINT. Mañana mismo.

LES. ¡Quiá, home! ¡Hoy!

DIOC. ¡Hoy!

LES. ¡He dicho mañana! Escúchenme, no más. (Mirando impaciente a todos lados.)

DIOC. ¿Busca usté algo?

QUINT. (Una salida.) ¡Oíganme! (Se sientan los tres.)

DIOC. Digasté. (Sacando una petaca de plata.) Un pitillo. (Les dá pitillos.)

LES. Gracias.

QUINT. Gracias. Buena petaca.

DIOC. De prata. La e los días de fiesta.

QUINT. Pues vamos a lo nuestro. (¡Señor, ilumina a tu siervo!)

(Diocleciano saca una caja de cerillas, y cuando va a encender una, para el pitillo, Quintanilla se precipita aterrorizado sobre él y le arrebata la caja, ante la estupefacción de los dos, que se ponen en pie sobresaltados.)

¡¡Quietos!! ¡Desgrasiados! ¿Qué íbais a haser?

DIOC. (Asustadísimo.) ¿Eh?

LES. ¡Ensendé er pitillo!

QUINT. (Trágico.) Una désima de segundo y peresemos todos. ¡Qué horror!

DIOC.
LES. } (Aterrados.) ¿Eh?

QUINT. ¡Estamos sobre un volcán! (Se pone un dedo en la boca marcando silencio; coge de la mesa el paquete de polvos de magnesio y lo enseña a los dos, que se han levantado asustados). ¿Ven ustedes este polvo fino y blanquecino? (Los dos asienten nerviosamente con la cabeza. Misteriosamente.) ¡Es benzoalinquilino!

DIOC. ¿Y qué es eso?

QUINT. (Un camelo.) Un explosivo mucho más fuerte, che, que la dinamita, que la panclastita y que la viudita.

(Lesaca se ha llevado maquinalmente a la boca el pitillo, que conservaba apagado.)

DIOC. (Rapidísimo.) ¡No fume usted! (Le da un manotazo que le tira el pitillo, y lo pisa como para apagarlo.)

LES. ¡Ay! Pero si está apagado.

DIOC. ¡Ah! Usté dispense.

QUINT. Con siento veintisinco gramos de este explosivo. ¿sabe?, se puede volar el palacio real. ¡Mírenlo, no más!

LES. ¡No, no!

QUINT. Nueve mil quinientos francos vale este paquete.

LES. ¿Sí?

DIOC. ¿Sí? ¿Ese paqueta?

QUINT. Sí. (Se han tragado el paquete.) Pues bien; yo tengo que entregar el paquete a... bueno, eso no es cuenta de ustedes. Yo tengo que entregarlo y persibir los nueve mil quinientos francos de su valor. Mañana por la mañana aquí, o en donde quieran, a su disposisión. ¿Dudan todavía?

(Lesaca y Diocleciano se miran dudosos.)

LES. ¡Home, yo no dudo...!
DIOC. ¡Ni yo tampoco...!
LES. Pero, la verdá...
DIOC. Tenga usté cuidado. (A Lesaca.)
QUINT. ¡Qué sonsera! ¿Quiren convenserse?
DIOC. ¡No, no...!
QUINT. Haré la prueba con una molécula insignificante. (Va hacia la mesa con el paquete.)
LES. Pero, si no jase farta.
DIOC. No es preciso...
QUINT. ¿Tienen miedo? No teman, ché, que no voy a volar la casa. Denme, no más, algún objeto metálico para haser contacto con el explosivo. No teman; déjeme su petaca un momento. (Diocleciano se la da y se retira en seguida asustadísimo, con Lesaca, al otro extremo de la sala, mientras Quintanilla vierte unos polvos de magnesio.) Van a juzgar ustedes mismos.
DIOC. (Se tapa los oídos, vuelto de espaldas.) (¡Creo en Dios Padre, Todopoderoso...!) ¡Quintanilla, no haga pruebas, por su excelente madre!
LES. Estamos convencidos.
DIOC. A mí no me gustan esas bromas con los explosivos. Mañana nos veremos en otro lao.
QUINT. Como quieran.
LES. Pero... ¿no sería mejor esta noche?
QUINT. ¡Otra vez? (Cerrando la fuerta del foro con llave.) ¿No queréis darme el plaso que os pido? (Enciende una cerilla.) Pues bien; basta ya de esta asarosa vida. (Cogiendo la bomba, levantandola en alto y prendiendo la mecha.) ¡Hasta la eternidad!
LES. (Precipitándose sobre Quintanilla.) ¿Qué hase usté?
DIOC. ¡Quintanilla!
QUINT. ¿Me concedéis el plaso que os pido?
DIOC. / LES. ¡¡Sí!! (Todos los bocadillos anteriores, rapidísimos.)
QUINT. (Apagando la mecha y dejando la bomba sobre la mesa.) Está bien. (Abre la puerta.)
DIOC. (Precipitándose a la puerta.) Yo no quiero salir por los aires.
QUINT. (Dándole el paquete,) Llévese esto en prenda.
DIOC. (Tirándolo.) ¡Que lo lleve Rita!
QUINT. (A Lesaca, que también quiere escapar, dándole el paquete.) Llevadlo vos.
LES. (Saliendo apresurado y tirando el paquete al aire.) Yo no quiero ser aviadó... (Sale escapado.)
QUINT. (A la puerta del foro.) ¡Hasta otro ratito! (Vuelve

al proscenio, se sienta y sacando un pitillo de la petaca de Diocleciano, lo enciende voluptuosamente.) ¡Han salido volando por DO salir volando!

CONCH. (Saliendo con MAROTO por la derecha.) Aquí huele a humo. ¿Has hecho alguna fotografía?

QUINT. Un grupo de dos amigos.

CONCH. ¿Instantánea?

QUINT. ¡Con exposición!

CONCH. Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás malo?

QUINT. Muy malo, ché.

MAR. De la juerga de anoche.

CONCH. Darle algo.

QUINT. ¡Caldo, no!

MAR ¿Qué quieres tomar?

QUINT. El tren. ¿A qué hora sale el primer tren para Cádiz?

MAR. A las veinte cuarenta.

QUINT. Pues en ese me voy a la Habana.

MAR. ¿Pero qué dices?

QUINT. Que a la Habana me voy.

MANOLO (Por el foro) Santos y muy buenos.

QUINT. (¡Hombre, ni con campanillas!)

CONCH. ¡Manolo!

MAR. Muy buenos.

MAN. (A Conchita.) A por ti vengo.

QUINT. (A este le saco lo que me ha quitado, o lo dejo fiambre.)

MAN. (A un lado con Conchita.) Pues que se dió bien la noche, y además de desquitarme he ga- ganado trescientas pesetas. (Enseñándole un billetero amarillo.)

CONCH. Enhorabuena, hijo.

MAN. Y pa que veas quién es Manolo, nos las vamos a gastar juntos en casa de Camorra. Conque estate preparada, que de aquí a diez minutos vengo a buscarte.

CONCH. ¡Ahí los hombritos chulos!

MAR. Manolo, que siga la racha.

QUINT. Manolo, amigaso, me veo en la dura nesesidad de recordarle, que lo que usté ha jugado con tan envidiable suerte, ha sido una vaca y por lo tanto, que...

MAN. ¡Tacatá!

QUINT. ¿Cómo?

MAN. ¡Tacatá! Que m'alegro de verle a usté tan bueno.

QUINT. Y yo a usted, tan sinvergüenza! (Echándose sobre él.)

MAN. (Iniciando el mutis hacia el foro. Por Quintanilla.) Apretarle el tapón, que se le va la espuma. (A los otros dos.) De aquí a un ratito.

QUINT. (Queriendo echarse sobre Manolo, y contenido por Conchita y Maroto.) ¡¡Canalla!! ¡¡Bochinchero!! ¡¡Maldita sea!!...

MAN. (Volviéndose impertérrito desde lo puerta.) No le froteis mucho, que está irritao. (Mutis.)

(Quintanilla, logra desasirse de Conchita y Maroto y se arranca detrás de Manolo, seguido de Concha y del maestro.)

QUINT. (Dentro.) ¡Espera, so gallina!

CONCH. (Dentro.) ¡Quintanilla!

MAR. (Dentro.) ¡Pero hombre!

(Se oyen dentro voces y confusión. En seguida, aparecen de nuevo en escena CONCHITA y MAROTO, llevando sujeto a QUINTANILLA, que amenaza y forcejea. Atraviesan desde el foro a la puerta de la izquierda, por donde entran los tres, mientras Quintanilla furioso va diciendo:)

QUINT. ¡Chulón! ¡Fachendoso!

MAR. ¡Calma, hombre, calma!

QUINT. ¡Bochinchero! ¡Me las pagas, ché!

(Mutis por donde se ha dicho. Pausa. RAFAEL y DARÍO por el foro.)

RAF. ¿Se habrá marchado? Preguntaremos. Pero oye, ¿vendrán esos?

DARÍO Estate tranquilo. Antes de diez minutos, está aquí Molinero con Trini y con la Flora.

RAF. ¿Y no se volverá atrás esa bruja?

DARÍO ¡Quita, hombre! La he dejado convencida del todo.

RAF. ¡Ojalá que no meta el remo!

DARÍO No lo mete, descuida.

MAROTO (Por la izquierda.) ¡Hola, Rafael! ¿Tú aquí? ¿Es que vienes a ver ensayar a la Trini? ¡Hola Darío!

DARÍO Muy buenos.

RAF. Venimos a buscar a Quintanilla.

MAR. Pues ahí dentro está, en el comedor. No sé qué le pasa desde anoche. Anda desconcertado, sueña en voz alta, y no dice más que tonterías. Ahora se quería comer a Perales con patatas fritas. No sé lo que tiene. (Desde la puerta del foro.) ¡Quintanilla! ¡Quintanilla! Pasar, que estais en vuestra casa.

RAF. Gracias. (Mutis los tres por el foro.)

(QUINTANILLA muy abatido, por la izquierda, con

CONCHITA, que cruza la escena y se va por la derecha.)

CONCH. Ahora mismo te lo daré. (Mutis derecha.)

QUINT. (Reflexiona un momento y saca el reloj.) Por esto, dos pesos. Por el traje tres, son sinco; la pitillera de Dioclesiano, tres, son ocho. Y nada más. ¡Ah, sí! (Sacando la pistola que le dió Molinero.) Por esto, ya me darán otros tres pesitos... Bueno, y en total onse pesos. ¡Y a dónde voy yo con onse pesos! No, si lo mejor sería pegarme un tiro.

(Se apunta a la sien. En ese momento entran por el foro RAFAEL, DARÍO y MAROTO. Van corriendo hacia Quintanilla y le arrebatan el arma de las manos.)

MAR. ¡Quintanilla! (Muy rápido.)

DARÍO ¡Quintanilla!

RAF. ¿Qué va usté a hacer, Quintanilla?

DARÍO ¡Eso, nunca!

QUINT. ¡Pero ché! ¿Ni este recurso, me vais a dejar?

RAF. Ese recurso, nunca.

QUINT. Pues no me queda más que ese... y el reló.

RAF. Ya lo creo que le quedan.

QUINT. ¿Lo sabré yo, amigaso?

DARÍO ¿Para qué hemos venido los verdaderos amigos?

QUINT. ¡Para quitarme la única prenda pignorable que me queda

RAF. Para salvarle a usted.

QUINT. ¿A mí? A mí no me salva ni la Paz y Caridad, como no me escape lueguito.

RAF. Pues para eso, para que se escape usted hemos venido.

MAR. ¿Lo ves, hombre?

DARÍO Le íbamos a dejar comprometido los del comité.

RAF. Después de lo que ha hecho usted anoche.

QUINT. (Fuera de sí.) ¡Y dale! ¿Pero qué he hecho yo anoche? ¡Caray!

RAF. (Bajo.) Bien lo sabe usted. Matar a César.

QUINT. (Furioso.) Yo no he matado a Sésar. ¡Ese fué Bruto! ¡Yo no soy capás de matar un curcujo, aunque me pique en la nuca!

RAF. Es inútil que lo niegue.

DARÍO Claro, hombre, venimos a salvarle y que huya.

QUINT. ¿Sí?

RAF. Naturalmente. La policía le sigue a usted los pasos.

DARÍO — Están para prenderle y nosotros lo venimos a impedir.

MAR. — Cuenten conmigo, si en algo sirvo.

RAF. — Todos tenemos que ayudarle.

DARÍO — ¡Claro! Como que si le cogen, va al palo.

MAR. — Quintanilla, escápate.

DARÍO — Sí, ¿pero cómo me escapo, si no tengo plata?

RAF. — ¿Pues no le ha traído Molinero dos mil pesetas?

QUINT. — Sí, pero me las ha quitado ese bestia de Manolo.

DARÍO — ¿Qué Manolo?

QUINT. — Manolo Perales, un chulo que mantenemos entre la Conchita y yo.

RAF. — (Incrédulo.) Vamos, Quintanilla, que le conocemos a usted de sobra.

QUINT. — Rafael, lo que le estoy a usted disiendo, deslumbra de verídico. El sinvergüensa ese, me ha quitado la cartera, resién, con dos mil siento veintisinco pesetas y mis documentos.

DARÍO — (Incrédulo también.) Es usted pantagruélico, Quintanilla.

MANOLO — (Por el foro.) Concha. ¡Ay, ustedes disimulen! ¿Soy incongruente?

QUINT. — (Loco de alegría.) ¡Quiá, hombre, providensial!

MAN. — (A Quintanilla.) ¿Está usté más plácido?

QUINT. — ¡Placidísimo! (Presentando.) Don Manolo Perales.

MAN. — Para servirles. (Los otros inclinan la cabeza.) Pues yo anhelaba que avisaran ustedes a la Concha, si no es molestia.

QUINT. — En seguida, no tenga usted prisa.

RAF. — (A Darío.) Esto es otro lío de Quintanilla.

DARÍO — Me parece.

QUINT. — (A Manolo.) Vamos a ver...

RAF. — Déjeme a mí. (A Manolo.) No se moleste por lo que voy a decir.

MAN. — Usté no molesta.

RAF. — El señor asegura que usted tiene una cartera suya con dinero.

MAN. — ¿Quién? ¿Servidor? El señor divaga.

QUINT. — ¡Manolo!

MAN. — El señor divaga.

RAF. — (A Quintanilla.) Ya lo está usted oyendo.

QUINT. — Y yo insisto, en que es mío lo que lleva en el bolsillo.

MAN. Eso hay que probarlo.

MOLINERO (Por el foro, apresuradamente y muy alterado.) Zeñore, dizpenzarme la interruzión, pero ez un cazo urgente. La polizía anda ay abajo rondando la caza e don Quintanilla. (A la izquierda, Maroto, Manolo y Quintanilla. A la derecha, Rafael, Darío y Molinero.) Don Rafaé, ahí en eze gabinete (La derecha.) he dejao a la Trini y a la zeñá Julia.

QUINT. Pues si está la polisía, que suba y le registre a ese, que me ha quitado lo que tú me diste.

MOL. (Yendo junto a Quintanilla.) ¿Ezo é verdá?

MAN. (Aquí sobra uno.) ¡Concha! ¡Vamos! Yo no aguanto interrogatorios. ¿Entienden ustedes?

CONCH. (Por la derecha, con el sombrero puesto.) Cuando quieras. (Medio mutis con Manolo.)

QUINT. (A Molinero.) Sincuenta pesos para ti si le quitas a ese mi cartera.

MOL. Verá ozté. (Deteniendo a Manolo.) Aguárdeze ozté un menuto.

MAN. A mí no me ponga usté la mano encima.

MOL. ¿Ze va ozté a poné tonto?

RAF. ¡Molinero!

DARÍO ¿Qué haces?

MAR. ¡Pero hombre!

MOL. (Ha sujetado a Manolo, echándole una llave, y le ha sacado la cartera.) ¿Ez ezta?

QUINT. La misma. Que se vea, no más, si tiene lo que yo he dicho.

MOL. Véalo ozté, don Rafaé.

RAF. Sí, papeles de Quintanilla y las dos mil ciento veinticinco pesetas.

MAN. ¡Maldita sea!

CONCH. ¡Manolo!

MAN. ¡Déjame en paz!

DARÍO Era verdad.

QUINT. ¿Lo ven ustedes? (Cogiendo la cartera.)

MAN. (A Molinero, que le tiene con la llave todavía.) ¡Suelusté, rediez, c'hace usté daño!

QUINT. Y me ha quitado más.

RAF. ¿Sí?

QUINT. Sí.

MAN. ¡Que suelte usté!

MOL. Ez pronto.

QUINT. Y me ha quitado más. Me ha quitado un billetero amarillo con seicsientas pesetas.

MAN. ¿Pero qué dice ese tío argentífero?
MAR. ¡Pero hombre!
DARÍO ¡Atiza!
QUINT. Que le registren. (Molinero lo hace y le saca el billeterc que entrega a Quintanilla.)
MAN. ¡A ver si va a poder ser!
CONCH. ¡Pero Manolo!
MAN. ¡Que te calles!
QUINT. Que se vea. Las seicsientas pesetas que les dije, amigasos. Y tome, no más, su cartera, que yo sólo quiero lo que es mío. (Devolviéndole con dignidad el billetero, después de guardarse los billetes.)
DARÍO (A Rafael.) Todavía nos va a resultar un caballero.
MAR. ¡Camará con Perales!
MOL. ¡Vaya un punto!
QUINT. (Señalando despectivo a Manolo.) Suéltamelo ya, Molinero, y que se vaya. (Manolo, al verse suelto, se quiere abalanzar a Quintanilla, impidiéndolo los demás. Remedando a Manolo.) ¡Tacatá!
MAN. ¡Me las vas a pagar! ¡Maldita sea!
QUINT. Páseme usted la cuenta.
CONCH. Manolo, déjalos, que yo convido.
MAN. ¡So golfos! ¡Libidinosos! ¡Maldita sea! (Se va por el foro sujeto y empujado por Maroto y Molinero. La Conchita les sigue.)
QUINT. Ahora ya no dudareis de que era verdad lo que os dije resién.
RAF. No dudamos, pero aquí, lo importante es que atienda usted a su situación, que es bastante comprometida.
DARÍO Ya sabe usted lo que ha dicho el Molinero, que la policía le espera abajo.
QUINT. ¿Y qué hasemos?
RAF. Marcharse a América.
QUINT. Rafael, amigaso, con unos sentavos, no más, que no dan más que para el viaje.
RAF. Pues le ayudaremos a usted con una condición.
QUINT. Me someto a todas las que me impongan.
RAF. Que se va usted a la pampa, pero no se va usted solo.
QUINT. ¿Y con quién me voy?
RAF. Con éste. (Por Darío.) Hasta Santander, y éste no se separa de usted hasta dejarlo embarcado con su mujer.
QUINT. ¿Con la mujer de Darío? (Darío protesta.)

DARÍO No, con la suya, con la de usté, con Flora la Canela.

QUINT. (Aterrado.) ¡Eso no! Antes el patíbulo.

RAF. ¡Ea! Basta de consideraciones, Qnintanilla. Tu negativa me confirmo en mi concepto. Eres un sirvengüenza.

QNINT. ¡Esa palabra, Rafael!...

RAF. Mira, Quintanilla, no me hagas el Tenorio. Te conocemos bien. Las hazañas de Deogracias Quintanilla, te llevan a la horca, pero las de Ladistao Olmedo te meten en presidio. No tienes escape.

QUINT. ¿Qué? ¿Has visto tú a Lesaca?

RAF. Le hemos visto y conocemos a Olmedo y todo su árbol genealógico.

QUINT. Entonses, para qué voy a andarme por las ramas. Dame unos pesos para estableserme allá y dispon de mí. ¿Qué he de haser?

DARÍO Ya lo sabes. Embarcar en Santander y llevarte a la Flora contigo.

QUINT. ¡Rafael, eso nunca! Pídeme lo que quieras, pero eso nunca.

RAF. ¿Prefieres la horca?

QUINT. ¡La horca, el puñal, el veneno, la muerte china, antes que la Flora!

RAF. ¡Mira, Quintanilla, que te pierdes!

DARIO Que te pierdes tres mil pesetas que te da éste si te la llevas.

QUINT. ¡Tres mil pesetas! Me haséis vasilar, amigasos. ¡Pero irme con la Flora!... ¡No, jamás!

RAF. Vámonos, Darío. Este hombre es sinvergüenza y tonto perdido. Que te prendan, que te ahorquen.

DARÍO Que no se culpe a nadie de tu muerte. (Medio mutis al foro.)

RAF. Vamos.

QUINT. Un momento, caray, que esto es muy serio.

DARÍO (A Quintanilla.) Pronto, ¿qué decides?

QUINT. ¡Vengan las tres mil pesetas! ¡Me llevo a la Flora! (¡Y la tiro al agua!)

RAF. ¿En serio?

QUINT. Mi palabra es una escritura.

RAF. La Flora y tú os vais a América, pero yo me quedo con tu hija y me caso con ella.

QUINT. ¡Ah, Rafael! ¡Hijo mío! ¡Entroncar nuestras dos honorables familias! (Le abraza lloroso.)

DARÍO ¡Qué tranquilo eres, Quintanilla!

QUINT. ¡Darío, no profanes un momento tan solemne! ¡Casarse con mi hija! ¿Pero con cuál? Porque yo creo que tenía dos hijas. La Trini y la Antonia.

RAF. Con la Trini, porque la Antonia está casada.

QUINT. ¡No lo sabía! ¡Hijas de mi alma! Perdonad. ¡El cariño de padre es lo único verdadero! (A Rafael.) ¡Hijo mío!

DARÍO ¡Ni Borrás!

QUINT. Darío, respeta mi dolor. Llevarse a la hija! ¡Dejarme a la madre! ¡Qué cosa bárbara! ¡Vengan las tres mil pesetas y adiós para siempre, Rafael!

RAF. Las tres mil pesetas te las entregará Darío en Santander cuando zarpe el barco.

QUINT. Rafael, esa desconfiansa entre padres e hijos...

RAF. (Yendo hacia la puerta de la derecha.) Lo que voy a entregarte ahora mismo es a la Flora, para que te la lleves.

QUINT. Eso no corría prisa.

RAF. (A la puerta da la derecha.) Pasen ustedes.

(Rafael saca a la FLORA con la cabeza exageradamente cubierta de vendas y un brazo en cabestrillo, llevándola solemnemente de la mano, y como si bailaran una figura de minué, la deja frente a Quintanilla, que la recibe con una estupefacción rayana en la locura. Detrás de Flora sale TRINI, que se queda a la derecha del proscenio, junto a Rafael.)

FLORA (Siempre hablando con ironía y rabia disimulada, echa a Quintanilla el brazo libre, y dice como si maullara.) ¡Ladislaooo!...

QUINT. ¡Zape! (¿Y adónde voy yo con este maniquí de ortopédico?)

FLORA Me voy contigo; vamos a ser felices y a pasarlo muy bien.

QUINT. ¡Vas a pasar la mar!

FLORA Pero contigo. (Yendo a besar a Trini.) ¡Y mis hijas! ¡Las dos casadas! ¡La ilusión de mi vida, que era verlas estrellas!

QUINT. (Amenazándola sin que ella le vea.) (Descuida, que ya las verás.)

TRINI (Con pena, en los brazos de Rafael.) ¡Rafael! ¡Y estos son mis padres!

DARÍO (Solemnemente cómico.) ¡A la Pampa los dos!

FLORA ¡Sí, para no separarnos en la vida!

QUINT. ¡Que te se quite eso de la cabeza! (Señalando a los chichones.)

(Se oye un repiqueteo de castañuelas dentro. Trini y Rafael, abrazados, forman un grupo a la derecha. Otro en el centro, Flora y Quintanilla, abrazados también; Quintanilla, con el puño levantado sobre la cabeza de su dulce esposa, como para aplastarla. Darío, en actitud cómica, bendice al matrimonio. Telón muy rápido.)

FIN DEL JUGUETE




3 0112 117484342

